—Sí señora, aquí la tengo.

—¡Jesús! ¡ja! ¡ja! ¡ja! no se habrá Vd. reido poco con ella... porque yo pongo mas mentiras cuando escribo... ¡Pero niña, Sofía, ven! Pues queriéndose ustedes... yo soy su madre... quiero ver á mi hija feliz y... ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ji! ¡ji! ¡ji!... y todos los dias le pido á San Antonio que si ha de hacerla mal casada, le quite antes de casarse la vida al novio...

—Señora...

—Usted, mire Vd., me ha gustado, porque parece usted, mejorando lo presente, un caballero, y eso que no hay que fiarse en el dia mucho de las apariencias, porque se lleva una unos petardos... Pero ¿qué demonios estará haciendo la niña?

—No la moleste Vd.

—¡Ay! no sabe Vd. cuánto me cuesta que la niña se me case... para esto tenemos que criar los hijos... digo, las hijas... ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ji! ¡ji! ¡ji!... En fin, Dios los haga á Vds. bien casados.

Y al llegar á este punto, que era una especie de punto final ó de punta de una banderilla, entró la niña hecha un brazo de mar y un jardin de flores, con todos los trapitos puestos, y sin decir una palabra á don José, —que fino, atento y bien educado se puso en pié y se dispuso á ponerse á los de la sílfide,—se arrojó en brazos de la mamá, y ambas rompieron en copiosísimo llanto, acompañado de suspiros, ayes, gritos y sollozos estrepitosos, ni mas ni menos que si se les hubiera muerto su abuela.

—¡Hija mia! decia la mamá.

—¡Mamá mia! decia la niña.

—¿Quién me lo diria?...

—Tú serás siempre la primera en mi amor.

—¡Ay!, hija! cuando se tiene marido se olvida á los padres.

—No haré yo eso... primero tú, y siempre tú, mamá... vamos, no llores...

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! no, si no lloro... ¡ji! ¡ji! ¡ji! .. ya ves cómo me rio.

Cesaron al fin los lamentos, y D. José se atrevió á decir.

—Señoras, tranquilícense Vds.

—Ya ve Vd. que es mi mamá, dijo la niña.

—Ya ve Vd. que es mi hija, dijo la mamá.

—Sí señoras, dijo D. José, todo lo veo; pero no creo que hay motivo para entristecerse y aflgirse de esa manera...

—¡Ay, caballero! ya me lo dirá Vd. cuando sea madre, digo padre, y vaya un hombre con sus manos lavadas á quitarle la hija de su corazon.

—A Vd. me parece que nadie se ha atrevido á tanto.

—No, todavía no, pero ya Vd. piensa...

—Señora, yo no he dicho nada de eso...

—¿Cómo que no?...

—Usted no me ha dejado hablar siquiera.

—¿No escribió Vd. una carta á la niña?

—Sí señora.

—¿No ha recibido Vd. una mia?

—Sí señora, por eso he venido.

—Pues entonces ¿qué mas quiere Vd.?

—Señora, nada mas.

Estupefactas quedaron con esta respuesta la madre y la hija, miráronse, luego la niña bajó los ojos, y la madre los levantó, clavándolos en D. José.

—Entonces, le dijo, ¿Vd. no se casa?...

—Señora, eso necesito pensarlo.

—¿Tiene Vd que pensarlo tratándose de mi hija?

—Tratándose de cualquiera.

—No diria Vd. eso, si supiera quiénes somos nosotras. Ha de saber Vd. que esta niña es hija de don Patricio Lopez, que todo Madrid le conocia, porque era un hombre muy completo. Veinte años seguidos, llevó el pendon de las Animas en la procesion del Corpus, y un año que no le llevó él, porque estaba en cama con anginas, Godoy notó la falta, y envió á casa un propio desempedrando las calles á preguntar de parte de S. E. cómo estaba *el del pendon*, que así dijo. Era escribano real de cámara de mar y tierra, y si él viviera, aunque hubiéramos de tenerle ahí en un rincon. hecho un pasmarote, porque tenia doble edad que yo, y ahora seria muy viejo, otra seria nuestra posicion, y la niña no se casaria sino con algun título, que mas de uno y mas de dos ha habido en nuestra familia, porque el abuelo de mi abuelo, por parte de una tia carnal, era conde de la Ratonera, y un primo de mi marido, que se lo comieron unos salvajes en América, era marqués del Soto de la Negra Degollada, un sitio que hay allí, y mi madre, que esté en gloria, estuvo para casarse con el baron de las Siete Cerraduras, que era un hombre que nadie sabia lo que tenia, y mi hermana estuvo hablando con la parienta de Godoy, como yo estoy hablando con Vd., un dia que

fué con la modista de aquella señora á probarle un vestido de cola, que valia mas de treinta mil reales, que mi hermana, por aficion cosia y cortaba, que tenia para eso unas manos primorosas.

—Yo no he puesto en duda, señora, lo ilustre y distinguido de su familia de Vd.

—Bien lo puede Vd. decir, porque si yo le enseñara á Vd. los papeles que tengo ahí de mis padres y mi marido, que, si los hubiera querido vender, me hubiesen dado por ellos un dineral, veria Vd. quiénes somos nosotras. Por supuesto que no hacemos mérito de ello, y nos ve Vd. que tratamos con personas de todas clases, y no nos desdeñamos de saludar á las gentes.

—Doy á Vd. gracias, por la parte que me toca.

—Conque Vd. dirá...

—¿Qué?...

—Digo, como ha tenido Vd. tanto empeño en hablar con la niña, y la escribió Vd. aquella carta, diciéndola que el corazon de Vd. palpitaba, y que necesitaba Vd. amar...

—Y es verdad.

—Entonces... yo voy á ser franca con Vd., porque usted me parece un caballero... Mi hija no tiene nada... hemos ido viniendo á menos á menos, y habiendo tenido mas de lo que queríamos en otro tiempo, hoy nos vemos reducidas á lo que Vd. ve, y gracias. Pues, como digo, ella, eso sí, llevará dos almohadas bordadas, que las conservo, porque fueron las que yo estrené el dia que me casé, esa sillita de veludillo, que es en la que se sienta á coser desde que era niña,

y el canario, que se moriria si no estuviera al lado de su amita.

—Pues, señora, yó diré á Vd...

—Diga Vd.

—Por ahora no necesita Vd. desprenderse de las almohadas bordadas, porque yo no puedo casárme así tan de repente.

—Entonces, ¿cuáles son las intenciones de Vd?

—Señora, yo no tengo intencion ninguna.

—Pues ¿por qué ha dicho Vd. que si fué que si vino á la niña?...

—Señora, su niña de Vd. es muy bella, y se lo he dicho; pero antes de resolverme á casarme...

—¡Vaya! ¡vaya! Vd. es un hombre de estos del dia.

—Sí señora, no soy del tiempo de Noé, ni del de Carlo-Magno.

—Ustedes quieren que las mujeres pierdan el tiempo, y luego, á lo mejor, las dejan Vds. colgadas.

—Usted me ofende, suponiéndome capaz de colgar á nadie.

—Yo, mire Vd., voy á serle á Vd. franca, porque usted, á pesar de todo, me parece un buen sugeto, no quisiera cerrar el ojo sin dejar á la niña bien colocada... Vd. ya sabe lo que somos las mujeres, que nos prendamos siempre del mas pillo, y queremos á quien no nos quiere... y en fin, que el mundo se va poniendo cada vez peor, y una mujer jóven y agraciada sola en el mundo está muy mal... mientras que estando casada, ya es otra cosa, porque tiene un marido que sale por ella al frente de todo, y que, si llega á torcerse, hablo de él, se le pone por justicia, y por

último que una mujer casada tiene otro ver, y todo el mundo la mira de otra manera, y á todas partes va con su marido, es decir, si el marido es como el mio, que hasta á la escribanía iba yo con él y tenia gusto en llevarme, y muchas veces daba yo mi opinion en pleitos de mil demonios que tenia él á su cargo, porque si el marido es un arrastrado de esos que se van á correr la *gandalla*, y dejan en casa á su mujer peleando con los chicos, entonces mas vale una sola en su solo cabo, y comer unas sopas, si no hay otra cosa. ¿No digo bien?

—Sí señora, dice Vd. muy bien.

—Pues por eso, todo mi pio es que la niña...

—Pero mamá, no digas esas cosas, se atrevió á decir la aludida.

—Pues quiero decirlas, que yo no soy como otras madres, que dicen que no tienen fatiga por casar á sus hijas, y puede que las casaran con el aguador, si no hubiera otro. Eso sí, yo no te casaré con quien no sepa cumplir con su obligacion, y puede que me engañe alguno, pero si te casaras y te saliéra mal, creo que me comia á tu marido.

En esto se levantó don José, y se dispuso á echarse á la calle.

—¿Tan pronto se marcha Vd? dijo la mamá.

—Sí, señora. tengo que hacer.

—Acaso alguna aventura...

—Señora, ¿Vd. cree que soy un don Juan Tenorio?

—Buenos están Vds. los hombres. Ya tendremos el gusto de ver á Vd... Venga Vd. cuando quiera, ya sabe Vd. que soy gustosa en que la niña...

—Muchas gracias.

—Cuando yo no estoy en casa, la dejo encerrada bajo llave, se lo advierto á Vd.

—Es una medida muy prudente.

—No crea Vd., ella es la que se empeña en eso.

—Sí, mas vale prevenir que tener que remediar.

—Vuelva Vd. á vernos, que ya sabe Vd. que aquí se le aprecia... Se parece Vd. mucho á un novio que tuve yo ántes de casarme... El mismo corte de cara, las mismas patillas... ¡Pobre muchacho! á la muerte estuvo cuando supo que me habia casado con el padre de esta; pero figúrese Vd. que le dijeron á mi madre que tenia que heredar á un tio, y cuando se fué á averiguar, el tio habia dejado la herencia á todos sus parientes, menos á su sobrino, y como mi madre era una mujer tan formal, le despidió afeándole su proceder.

—El proceder que debia haber afeado era el del tio, que no se habia acordado de él.

—¿Qué quiere Vd? las madres vemos siempre las cosas de otro modo. Entonces me pareció que no era motivo para no casarnos; pero ahora haria yo lo mismo que mi madre, que esté en gloria... Y mire usted, luego se fué á la Habana, y allí se casó con una negra con tanta geta, desesperado, viendo que yo no enviudaba y en poco tiempo hizo su suerte: ea, no quiero detenerle á Vd. mas. Por las noches estamos aquí hechas unas tontas... Podíamos ir á las primeras reuniones de Madrid, pero para no presentarnos como corresponde á nuestra clase... ¿Conoce Vd. á las de Velez?

—Sí, señora, que viven en la calle de las Huertas.

—Justamente, la Mariquita Velez, es decir, Velez era su marido, ella se llama Perez, y la Paca... ¡Qué vieja está ya!... pero ha sido una buena moza. Y ¡qué cabeza de muchacha! despues de tener mas de treinta novios, le dió por meterse monja, y ya lo tenia todo arreglado, y el dote se lo dió el conde de la Centella, y la duquesa del Tio Vivo iba á ser madrina, cuando de la noche á la mañana entró en relaciones con uno que tenia un almacen de muebles en la calle del Gato, y se acabó el monjío... Pues no crea Vd., que á los tres meses quiso ser beata, pero no la admitieron, porque se informaron las superioras, y es claro... es muy amiga mia, y le tenemos hecho rabiar mas á mi esposo entre las dos... Diga Vd., ¿vive todavía la tia?

—¿Qué tia?

—La tia de Margarita y Paca, la de Torre, una andaluza viuda de un capitan, de un comandante y de un teniente coronel...

—¡Caramba!

—Sí, señor, viuda tres veces... Es muy graciosa, yo no sé si será lo mismo, porque hace mucho tiempo que no la veo; pero nos hacia reir... ¡Qué maldita! cuando se ponia á contar lo que bebia por ella los vientos el comandante cuando estaba casada con el capitan, y los pasos que le hacia dar al coronel cuando era su marido el comandante... ¿Sabe Vd. quién visitaba antes mucho á las de Velez? El marqués de la Ropa Seca, uno que fué guardia, muy buen mozo, que dijeron si al fin se casaria con la Paca; pero ¡quiá! yo no lo creí nunca, porque aquel era un pillo...

Tambien iba por las noches á jugar á la lotería la generala Blanquete con sus seis hijas, y su cuñada la de Lojo, que era sobrina de un banquero, que, ¡mire usted qué desgracia! venia de la Habana con dos millones en el cofre, y hubo una borrasca, y el navío se hizo pedazos, y el cofre fué al mar, y todos perecieron menos él, que salió sentado en una tabla, y le recogieron en otro barco, y luego, cuando vino á Madrid, vino á ser pobre de San Bernardino hasta que se murió. ¡Qué lástima me daba verle en las procesiones con su vela encendida y su sombrero de hule!

—En efecto, lastimoso estado era el suyo.

—Vaya no le quiero detener á Vd. mas... Pues si va Vd. por casualidad á casa de las de Velez, délas usted muchas expresiones nuestras, y dígales Vd. que son unas pícaras ¡ja! ¡ja! ¡ja! y á la Paca tantas cosas, y si ha sentado ya la cabeza, que tengo muchas ganas de que hablemos... ¡Ah! que hace dias encontré á doña Petra, la que iba á su casa á fregar los suelos cuando desesteraban, y me dijo una porcion de cosas de ellas, y que yo no las he creido, por supuesto... No deje Vd. de decirlas lo de Vd. y la niña, porque no sea que se figuren que porque ahora estamos oscurecidas... esto, así como que sale de Vd... A ver qué cara ponen... A la Paca, será como si la pusieran un par de banderillas, porque es mas envidiosa... y como todavía presume de niña... Vaya, Vd. está de priesa... ¡Jesús! ¡cómo se ha puesto el codo de polvo!... Niña, trae el cepillo...

—No se moleste Vd., señora.

—Dirán los que le vean á Vd. que de dónde va us-

ted. Todos los dias le limpiaba yo lo mismo á mi esposo, y así iba él siempre tan limpio y le duraba la ropa que parecia que le daba caldo de gallina... Pues esta manchita no sale, esta la habrá Vd. traido de otra parte... Niña, trae un trapito y la botella del aguardiente.

—Señora, si no lo bebo.

—Si es para la mancha, hombre; lo que es en esto de sacar manchas, soy yo maestra... ¿ve Vd. cómo va saliendo?...

—Doy á Vd. gracias por su interés...

—Ya se lo tengo dicho á la niña, á mí no me va á tener cuenta que se case, porque voy á ser una criadita fiel de su marido y de ella, ya lo verá Vd...

—Yo... Muchas gracias, señora, por sus bondades... A los piés de Vds. He tenido mucho gusto...

—Y nosotras tambien, y créalo Vd., porque yo, cuando no puedo tragar á una persona, bien claro se lo manifiesto.

—Repito las gracias.

—Que vuelva Vd., ya sabe Vd. que estamos por las mañanas, y por las noches, y por las tardes en San Márcos.

Salió mi D. José de aquella casa, y díganme ustedes, si despues de la conversacion habida con la madre, podia casarse el hombre con aquella niña.

No se casó con ella. A ver si se casa con otra, ó revienta.

Don José decía:

—¡Jesús! si me casara con esa muchacha, la madre me mataria en cuatro dias. Su charla no puede com-

pararse mas que con una descarga de artillería.

Hacia por entonces mucho calor en Madrid, y don José, que tenia posibles, porque era un hombre morigerado en su conducta y económico, decidió ir á pasar el verano á un pueblecillo poco distante de la córte, toda vez que no necesitaba tomar baños de mar ni aguas minerales.

Hospedóse en el pueblo en casa de un labrador, rico, que era ganadero á la vez, y tenia seis pares de mulas, y su mujer trece,—entiendan Vds. que tenia la esposa trece pares de mulas.—Este matrimonio tenia además de las mulas, una hija, una hija guapetona y fresca como una lechuga, de la que, con verla todos los dias, y tener ocasion de analizar sus encantos, prendóse D. José; y un dia que estaban los dos en la huerta, se atrevió á decirle cuatro cosas, y ella las oyó como si hubiera oido cincuenta; pero por la noche, á la hora de la cena, la niña dijo, sin que nadie la preguntase cuántos años tenia:

—Madre, don José dice que me quiere.

Háganme Vds. el favor de decirme si no le deja á un hombre mas frio que la nieve una mujer que dice eso de esa manera delante del interesado.

Don José no la volvió á decir que la queria: el ganadero le interrogó, y le dijo que tendria una satisfaccion; pero que el tenia seis pares de mulas, y su mujer trece, y que quien se casara con su hija, tenia que andar muy derecho, y hacer como él, que iba á segar y se ahorraba un jornal, iba á la vendimia y evitaba que le vendimiaran la vendimia, ordeñaba él mismo las cabras, y sabia que la leche era pura, y en

fin, trabajaba como un negro, por aquello de que «el ojo del amo engorda el caballo,» y lo que sentia era que su mujer no pudiera, porque en seguida se le hinchaban las piernas, ir á trillar y á todas las demás faenas del campo; pero ya que no otra cosa, á su mujer y á su hija las hacia estar todo el dia hilando, porque él no queria gente que estuviese mano sobre mano en su casa.

Don José que no queria segar, ni ordeñar cabras, ni recibir una coz de una mula, que, siendo estas treinta y ocho, era la cosa más fácil del mundo que hubiese una falsa, por lo menos, se vino á Madrid.

Pero ahora que me acuerdo, Vds. ya tendrán deseo de que se acabe este matrimonio de don José, que nunca se casa el maldito, para ir viendo los demás cuadros de esta curiosa *Galería de Matrimonios*. Yo tambien tengo iguales deseos, y para abreviar, diré á Vds. que D. José tuvo amores con las siguientes hembras:

Con una huérfana, á quién conoció en la diligencia de Leganés una noche, y cuyo padre habia muerto loco en aquel santo hospital, segun ella dijo. Don José se hubiera casado al fin con ella, porque la muchacha, aunque ya tenia treinta años, porque confesaba veinte y cuatro, era una real moza; pero tuvo la imprevision de pedirle un dia por medio de una carta veinte duros, hasta que le pagasen la pension, una pension que se habia propuesto sacar, fundando su derecho en que su padre habia tenido un año la contrata de las sillas-correos, y díganme Vds. si hay

hombre que se case con una mujer que le pide prestados veinte duros.

Con una hija de un capitalista, que se enamoró de él de una manera tal, que porque el padre no quería que se casara sino á su gusto, se tiró por el balcon de un cuarto entresuelo, y cayó encima de un sereno sin hacerse daño, tomó otro dia fósforos, otra vez mandó al lacayo que le comprara arsénico ó vitriolo, y por fin, propuso á D. José que la robara, disfrazándose de calesero, y llevándola en un calesin hasta la frontera, donde se casarian. Pero al mismo tiempo recibió D. José una carta del capitalista en la que, con los mejores modos, le decia, que si no desistia de su amor, se iba á encontrar la mejor noche,—que hubiera sido la peor para él,—deslomado por una paliza, y no llevó á cabo, por si acaso, lo del calesin, porque el capitalista era hombre de cumplir su palabra. La muchacha dijeron que estuvo á la muerte, porque la privaron de tan fino y rendido amante; y á los dos meses, la pobre, no pudiendo resistir más, se casó con el hijo de otro capitalista.

Con una actriz, que le aficionó á la literatura, y le hizo escribir para su beneficio una pieza titulada: *La hermosa de los dientes de oro*, que les valió á él y á ella la silba mas espantosa que pueden Vds. imaginarse. ¡Qué hombre de vergüenza se atreve á seguir diciendo amores á una actriz á quien ha hecho partícipe de una silba monumental!

Con una viuda que tenia dos hijas, y cuando ya estaba casi decidido á casarse con la madre, averiguó que la mayor de las hijas no queria que su madre se

casase con él, porque ella era la que deseaba para sí este beneficio. El hombre fué prudente, y no quiso que por él fueran rivales una madre y una hija. Dió media vuelta, y no volvió.

Con una francesa que era una gran señora, hija de un *par*,—de perdidos, sin duda.—emparentada con toda la nobleza, y á quien las revoluciones, segun decia, y las guerras, habian privado de muchos bienes. Pero á tiempo descubrió D. José que aquella señora era una mujer de poco mas ó menos, que habia venido á España con un compatriota suyo, que se perdió el primer dia que llegó á Madrid, y la dejó en la fonda bien alojada, pero con poquísimo dinero, porque la infeliz habia tenido la imprevision de confiarle todo el que poseia.

Con una maestra de niñas, que la echaba de sabia, y se empeñó en educarle nuevamente, y D. José no se dejó educar mucho tiempo, y un dia envió á los diablos el amor y la educacion, y la maestra de niñas se quedó para vestir imágenes.

Con una señora nerviosa que le dió mas disgustos y mas pescozones con sus ataques de nervios que dias tiene el año, porque cada dia lo menos tenia dos ataques, y D. José estuvo un año dudando si se casaria ó no. Una tarde que hablaron de casamiento le dió á la pobre la pataleta, y deshizo con el puño tres muelas á D. José, dejándole con esto convencido de que no es prudente casarse con mujer sujeta á tales accidentes, y que no solo no está ella nunca segura, sino que á su lado tampoco hay nadie seguro.

Con una vieja con muchísimo dinero, que por la

mañana tenia la cara negra, y al medio dia blanca, y por la tarde colorada, y por la noche amarilla, que llevaba una dentadura que valia un dineral, que se hacia la niña, y queria que D. José la llamase *pichoncita*, y *palomita*, y *amor mio*, y no podia convencerse de que su única belleza consistia en que tenia casas en Madrid, coche, dinero en el Banco y otras bagatelas por el estilo. D. José no dejaba de ser aficionado al vil metal, y por eso habia dicho que *sí*, aunque con rubor, á la contemporánea de Esquilache; pero las personas que le conocian hablaron tanto del proyectado matrimonio, y de tal manera se burlaron de él, que una tarde fué á ver á la *pichoncita*, y se despidió de ella, alegando que su honor valia mas de dos pesetas, y que él no podia casarse con ella, por la enorme diferencia que habia en la fortuna de ambos; oyendo esto la *paloma* se desmayó, y cuando volvió en sí anunció á don José que para quitarle todo escrúpulo, cederia toda su fortuna á los pobres y se casaria con él. Ya pueden Vds. suponer que al oir esto, le faltarian piernas para correr al bueno de don José.

Con una inquilina que no le pagó nunca, y con la que se hubiera casado, á no saber que la infeliz tenia la costumbre de tomar galas y alhajas y no pagarlas, como se lo probó, enseñándole cuentas por valor de muchos miles de reales. Era esta viuda de un brigadier, que para poder pagar todo lo que le gustaba gastar, hubiera tenido que ser viuda de treinta brigadieres, por lo menos, y cobrar las treinta viudedades.

Don José se iba haciendo ya viejo, y era preciso

que se casara, si no queria morir soltero, que no lo queria, porque ya que su padre le habia hablado tan mal de las mujeres y del matrimonio, tenia el hombre empeño de convencerse por sí mismo de si su padre tenia ó no tenia razon.

Pero estuvo muchos años eligiendo, y cada vez desconfiaba mas de su eleccion; y cuando creia que ya habia encontrado su media naranja, resultaba que la media naranja tenia alguna maca, en el buen sentido de la palabra, por supuesto, y se echaba á buscar por otro lado.

En toda su vida no encontró mas que una mujer con la que debia haberse casado, la hija de aquella pobre y simpática cieguecita que no habrá olvidado seguramente el lector; pero la casualidad que le puso cerca de ella, le separó luego.

Para casarse, lo primero que se necesita es no buscar con quien casarse, y dejar á la Providencia este cuidado. La mujer que busca con quien casarse, lo mismo que el hombre, acaba por casarse fuera de sazon con cualquiera.

Dios nos ha destinado á cada cual una compañera, y á cada mujer un esposo que la honre y la proteja. Pero nadie encuentra á la que Dios le ha destinado cuando la busca, sino cuando Dios quiere.

El que la busca entre muchas, difícilmente da con ella; lo mismo que rara vez da la mujer con el marido que la conviene, cuando cree que la convendria cualquiera de los que ve.

—Pero, hombre de Dios, preguntará el lector impaciente, si ha tenido paciencia para llegar hasta

aquí, ¿con qué mujer ó con qué demonio se casó don José?

Un poco de paciencia, señores. D. José siguió buscando novia muchos años, cansado de vivir solo con una criada,—y gracias que esta era buena criada, que le cuidaba bien, y le guisaba primorosamente, en fin, una de esas criadas que todos quisiéramos tener, y tenemos raras veces, fieles, limpias, modositas, trabajadoras;—pero no encontró mujer que le conviniese.

Un dia miró á su criada, y vió que no era fea, y sobre todo, que si lo era, él estaba muy acostumbrado á verla, y le dijo que no era fea.

La buena mujer se rió, y oyendo que D. José hablaba de que estaba solo en el mundo, se echó á llorar, y oyendo luego que D. José la proponia casarse con ella, se tapó la cara con el delantal, se echó á los piés de su amo, y este ¿qué habia de hacer?... Ya era viejo, ya necesitaba una compañera que le sirviese y le cuidase, y ¿quién mejor que la criada?

Lo lastimoso fué, que D. José se casó con su criada, esta dejó de ser criada, y ya no hubo nunca ni limpieza, ni economía, ni órden, ni buena cocina, ni cosa alguna buena en casa de D. José.

DÉCIMA PAREJA.

Don Próspero es un buen hombre, empleado con 30,000 reales de sueldo, una cosita regular, si los tiempos fueran buenos, y todos los gobiernos le respetan y le dejan en su destino. Verdad es que hace treinta años, desde que tenia diez de edad, que don Próspero va á la oficina á las diez de la mañana, y sale á las cuatro de la tarde, y desde que entró de meritorio hasta hoy, que ya es jefe, ni un solo dia ha dejado de cumplir con su obligacion, y así sabe él de memoria todos los expedientes, y tiene en la uña todos los negocios en que ha intervenido durante su larga carrera de empleado. Él, eso sí, es un hombre que no se mete en política, ni ha querido nunca ser diputado, ni se le ha oido jamás hablar mal ni bien de ningun ministro, ni ha tenido jamás otra aspiracion que la de ganar bien el sueldo.

En la oficina le llaman un pobre hombre, y en su casa lo es efectivamente.

Se casó D. Próspero con una *mujer superior*, es decir, con una mujer de muchas pretensiones, ufana de su nacimiento, hija de un comisario de guerra, y nieta de un alcalde mayor de no sé dónde, y muy orgullosa de su educacion y su instruccion, una mujer, en fin, que desde que se casó con D. Próspero, acaso por haber perdido la esperanza de hallar mejor proporcion, se hizo superior á su marido, y resolvió hacer su santísima voluntad, y como vulgarmente se dice, ponerse los pantalones.

Y le fué muy fácil hacerlo, porque D. Próspero era tan modesto, tenia tan pocas pretensiones, y tan grande era su bondad, que casi casi creia lo mismo que su mujer, que esta le habia hecho un gran favor casándose con él, y que tenia en ella un pasmo de ciencia y sabiduría, y en ella debia abdicar todas las prerogativas que un marido debe tener en su casa.

Don Próspero, por obra y gracia de su mujer, tronó con sus amigos, es decir, no tronó, porque don Próspero es incapaz de tronar con nadie, pero se alejó de ellos, y no visitó á nadie ni salió ya mas que á la oficina y con su mujer, cuando esta le decia:—Ven conmigo,—que, si no se lo decia, tampoco se movia de casa, y ya podia ir su mujer donde le diera la gana sin darle cuenta, que él nunca se lo preguntaba. Luego rompió toda relacion con aquellos de sus parientes que no le gustaban á su mujer, y ya no vió á nadie mas que á su mujer, ni habló con nadie mas que con su mujer, cuando esta queria hablar con él.

Don Próspero llegó á ser así en su casa lo que se llama un cero á la izquierda, y su mujer en todas partes un cero á la derecha.

Don Próspero y su mujer son un matrimonio de esos que *se llevan* bien, y mal podia ser de otra manera, porque la señora es la que lleva á D. Próspero, que se deja llevar como un cordero, y se dejaria llevar al pilon, si tuviese este mal capricho su compañera. Don Próspero da siempre la razon á su mujer aunque no la tenga, que es el mejor sistema para no reñir, y se la da contra el mundo entero. Ya puede decir su mujer que Chamberí está junto á Zaragoza, que todo lo mas que se atreverá á decir despues su marido es que Zaragoza está junto á Chamberí. Si un dia muy frio dice Purita, que así llama á su mujer, que hace un calor horroroso, D. Próspero sale en cuerpecito gentil á la calle, aunque vaya tiritando; y si cogiera una pulmonía, es seguro que diria á todo el mundo que habia cogido una pulmonía en un dia de muchisímo calor. Ya puede hablar Purita pestes del hombre mas honrado, ó de la mujer mas virtuosa: D. Próspero, sin otro dato, ni mas razon, tendrá siempre á aquel por un pillo, y á la otra por una mala cabeza. En fin, don Próspero ve por los ojos de su mujer, y en todo sigue la opinion de esta, que pocas veces es acertada.

En su casa entran y salen criados, sin que don Próspero sepa por qué salen y por qué entran. Unas veces se come á una hora, y otras á otra, sin saber por qué, y todo se hace bajo la direccion de la señora, que dice que es una mujer de órden, y que verdaderamente no tiene en su casa órden alguno.

Cuando D. Próspero se muda de camisa, es porque su mujer se lo indica; y si ella no se lo dijera es fácil que no se mudara en meses enteros: cuando se compra botas, es cuando casualmente ve su mujer que se le sale un dedo por el agujero, y aunque llueva á cántaros, no se le ocurrirá sacar el paraguas, si su mujer no se lo pone delante de las narices. Alguna vez que se le ha olvidado á su mujer, en ocasion semejante, darle el paraguas, se ha puesto él hombre hecho una sopa, y con mucho gusto, porque cuando Purita no le ha dado el paraguas, dice él, sus razones habrá tenido.

Cuando van de visita, es el eco fiel que repite todo lo que dice su mujer, si esta le deja meter baza, que la mayor parte de las veces ella se lo habla todo sola, hablando mal de todo el mundo, hasta de *este*, que así llama á su esposo, á quien atribuye el defecto de ser un hombre pusilánime y un abandonado, que no sale de su destino para otro mejor por torpeza, y que le quema la sangre con su calma, y que, si no fuera por ella, dejaría que pasasen por encima de él carros y carretas.

Y él dice á todo que sí, y se le cae la baba, y hace el tonto de una manera solemne, porque bueno es querer á su mujer, y no ofenderla en lo mas mínimo, ni de pensamiento siquiera, y mimarla y contemplarla; pero de eso á ser un esclavo humilde, y á dejarse dominar, y á pasar plaza de memo delante de las gentes, va mucha diferencia.

Purita tiene en casa tertulia, á la cual casi nunca asiste su marido, que se está metido allá dentro, en-

tretenido en trabajos que lleva de la oficina, como si fuera un escribiente que tuviera que empezar á hacer méritos. Purita recibe á quien le da la gana, y á su casa van señoras cotorronas, niñas entecas, gallos con mas espolones que el de Moron, y pollos de todas castas, desde el pollo sentimental, que cuando baila va temblando á compás, y parece que se va á desmayar cuando una muchacha bonita le dice:—Pepito, déme Vd. el brazo,—hasta el pollo *gastado* á los veinte años, que hacer el amor á las mujeres casadas, y que quiere hace creer que no hay una virtuosa, como si el títere no tuviera honrado padre y madre intachable.

Alguna vez preguntan á D. Próspero si conoce á don Fulano que dicen que va á su casa, y contesta:

—Yo no; será conocido de mi mujer.

Purita va todos los años por el verano á los baños de mar, á curarse no sé qué dolencia, pues ella no tiene ninguna, y siempre dice que está mala, y don Próspero se queda en casa con la criada y el criado, que le sirven como les da la gana, y que salen cuando quieren, y vuelven cuando se les antoja; y si algun dia hacen algo, así como dejarle sin comer, ó no abrirle la puerta, ó convidar á tres ó cuatro amigos, ó irse al teatro y hacerle salir en calzoncillos á abrirles la puerta, los amenaza con decírselo á la señora cuando venga, y ellos se rien grandemente de él.

Y mientras ella se está por allá un mes, en compañía de las amigas y los amigos de la tertulia, con su sombrerito con muchas plumas de todos colores, su docena de vestidos cogidos en pabellones, luciendo el

pié, con su falda colorada debajo, haciéndose la niña y alternando con las damas de la buena sociedad,—como si la sociedad no fuera buena mas que en cierta clase,—yendo de campo en mulo á la quinta del conde de la Tarántula, y bailando por las noches con *lanceros*, y *cazadores*, y *carabineros*, y *guardias civiles*, y si la ruegan mucho, cantando con algun aficionado, que canta como un becerro, algun duo sentimental, y dando ocasion á que algun cronista de esos que nunca faltan en las reuniones de bañistas, escriba á *La Correspondencia* un suelto ponderando la belleza de la señora de D. Próspero, su maestría en el arte de la música, su esquisita amabilidad, sin olvidar aquello de que *hace las delicias de la escogida y selecta sociedad que allí se reune* y demás lugares comunes de costumbre.

Y D. Próspero se pone tan hueco cuando lee estas majaderías, en vez de prohibir terminantemente al cronista y á *La Correspondencia* decir el nombre de su mujer, como si fuera el de algun cellista ó el de algun domador de fieras, ó el de algun hombre político de esos que hacen su carrera á fuerza de sueltos en los periódicos.

En resúmen, D. Próspero es un infeliz, y él tiene la culpa de que se hable de él en son de burla, y de que muchas gentes tengan equivocado concepto de Purita, que en medio de sus defectos es una mujer honrada, porque la sociedad está de tal manera organizada, ó desorganizada, y es tanta la malicia de la sociedad, sobre todo de la buena, que así se llama ella misma por modestia, que una mujer necesita hacer

menos que lo que hace Purita para dar ocasion á la murmuracion, que pronto se convierte en difamacion y calumnia.

Ustedes conocerán algun matrimonio como el de don Próspero y Purita, y me podrán decir si exagero.

En el matrimonio, como en todo, cada cual debe ocupar su lugar, y es preciso que así sea, para evitar que la maledicencia y la envidia, que son dos grandes influencias en esta sociedad, puedan tener ocasion de hacer uso de sus armas.

He dicho, y me parece que no diran Vds. que este *matrimonio* es tan largo como el anterior.

UNDÉCIMA PAREJA.

I.

Un dia iba el señor D. Pedro Advíncula Cornetin, baron del Pico Largo, por la calle de Atocha, pensando en sí mismo, que es en lo que piensa todo egoista, ó mejor dicho, no pensando en nada, porque el baron que tengo el honor de presentar á Vds. es tonto de nacimiento, cosa que salta á la vista viéndole y oyéndole, y sobre todo considerando lo pasmosamente que ha medrado el tal baron, y las distinciones y fortuna que ha logrado. Pues, como digo, un dia iba el señor baron por la calle de Atocha, muy elegante y estirado, porque, eso sí, los tontos cuidan con particular esmero todo lo que se refiere al traje, ó sea á la exterioridad, y al pasar oyó decir, ó mejor dicho, cantar:

Un señor de levosa
Se ma perdio,
Lo he puesto en el *Diario*,
No ha parecio.

Volvió la cabeza mi hombre,—del demonio, que yo no quiero para nada un hombre tan tonto,—y se quedó con la boca abierta, viendo á la moza que le habia donosamente aludido con la copla. La muchacha era lo que se llama una real moza, y aunque se estaba burlando de él, parecióle al baron una deidad, y quedó enamorado de ella mas y mas pronto que si hubiera sido la chica una princesa de Francia y de Inglaterra, que era lo menos que merecia el baron del Pico Largo, que tenia, como queda dicho, la mas ventajosa idea de sí mismo, lo cual debia ser para él un grandísimo consuelo, porque así el hombre se figuraba que todos tenian de él la misma opinion ventajosa que él imparcialmente se habia formado.

Quedóse parado el baron enfrente de la buena moza, mirándola con ojos de tonto enamorado, con un dedo metido en el bolsillo del chaleco, con el puño del baston en la boca, con el pié derecho echado hácia adelante, en la posicion mas elegante de las varias que todos los dias, despues de la *toilette*, ensayaba el baron enfrente de un espejo de cuerpo entero.

Y apenas tomó esta posicion académica, oyó otra voz que decia:

—*Sabastiana*, ¿no estabas *antojá* por mercar un muñeco?...

Y Sebastiana se echó á reir fijando sus ojos, que en efecto eran dos soles, en el baron del Pico Largo, que valientemente se acercó al puesto de la Sebastiana, que le tenia de naranjas, melones y otras frutas.

—¿Qué hace *farta*, señor? le preguntó la hermosísi-

ma naranjera. ¿*Argun* melon bueno?... ¿Quiere usted que se lo cale, señorito?...

—No... quiero naranjas... ¿A cómo son?

—*Pa usté* van á ser á cuatro cuartos.

—Pues escójame Vd. dos docenas, y llévemelas usted.

—¿A dónde?

—A mi casa, calle de Alcalá, número 11, preguntando por el baron del Pico Largo.

—Señor Pico Largo, yo no llevo *ná* á las casas. Echeselas Vd. en el pañuelo, ó tome un mozo de cordel que se las lleve.

—Yo queria que honrase Vd. aquella casa.

—¡Jesús! Una pobre naranjera en casa de un Pico Largo... ¡Eh, señora! ¡venga Vd. acá! ¡lleve Vd. melones buenos!

—Puede Vd. llevarlas cuando cierre el puesto.

—Cuando cierre el puesto me voy á dormir.

—¿A qué hora cierra Vd. el puesto?

—Segun y conforme... yo le diré á Vd.: cierro cuando me dá la gana... Señora, venga Vd. acá... ¿ese melon?... seis *riales* es para llevarlo... ¿es caro? Mas cara es una mortaja... ¡No! ¡señora, á ese precio no comerá Vd. melon, señora! No señora, le he pedido á Vd. lo último; á mí no me gusta la conversacion!... ¿Los melocotones?... á dos *riales* son... ¡Vaya! señora, no se asusta Vd. poco... pues no los lleve Vd... no tiene Vd. cara de haber comprado mucho... La insolente será Vd... ¡Jesús! ¡qué miedo!... ¡Oye, Pepaaaa!... ¡que vá á llamar á un *cevil* la señora, porque la pido seis *riales* por un melon!... Vaya Vd. con

Dios, doña Lucrecia Borgia, que no sea cosa de cuidado me alegraré!... Vamos, señorito del Pico Largo, ¿le escojo á Vd. las naranjas?...

—Tiene Vd. la gracia de Dios.

—A Vd. le gusta mucho el jarabe de pico, y á mí no... Oye chico, *apara*, llévale estas naranjas á este caballero.

—Yo quisiera que Vd. me las llevara.

—¡Dale bola! que se las lleve á Vd. el demonio. Estos señoritos se figuran que una... porque vende naranjas... pues sepa Vd. que nadie tiene que decir ni tanto así de la *Sabastiana*...

—Tome Vd., sol de los soles.

—Son doce *riales* menos doce *chavos*; sobran del duro ocho *riales* y seis cuartos, ¿no es eso, señor?...

—¡No señora! no sobra nada.

—Mejor, *salú* y buen provecho... las peras son á diez, señora ..

—Adios, hermosísima.

—Vaya Vd. con Dios, rumboso... ¡Pepaaaa! ¡un duro de á veinte por dos *ocenas* de naranjas!

El baron del Pico Largo quedó prendado de la naranjera, y todos los dias pasó por el puesto, y se gastó muy buenos duros en comprar frutas. La naranjera fué sensible á la distincion de que era objeto, y recibió con mas amabilidad las visitas del baron, como que cada una le valia una regular ganancia; pero cada vez que quiso insinuarse y manifestar su fino apasionado amor, la frutera le atajó, diciéndole que siendo él un señor y ella una *probe* naranjera, era muy grande la *diferiencia*; y como ella no habia de ser su mu-

jer, y era *honrá*, y queria llevar su cabeza muy alta, y mirar á todo el mundo cara á cara, por eso no podia *hablar* con él, porque la gente hablaria, y en hablar serian las primeras las de los puestos de la calle, y ella no queria compromisos, porque si supiera que alguna decia de ella la menor cosa, la llevarian al Modelo, porque seria muy capaz de abrir á una la cabeza con una pesa, y darle unos azotes arañados que se lamiera de gusto.

Estas razones aumentaban mas el amor del baron del Pico Largo; pero la naranjera, que conocia hasta qué punto estaba enamorado, y se reia grandemente de él, le entretenia sin decirle que sí ni que no, y aun en prueba de amistad, ya que no de amor como él hubiera querido, le solia guardar las frutas mas sazonadas, y una vez le regaló una sandia de una arroba, muy hermosa, que le costó al enamorado mas de 500 reales, que se gastó en un pañuelo de Manila para la hermosa naranjera.

Cayó malo una vez el baron, que aunque baron, estaba sujeto á todos los alifafes y á todas las dolencias de la gente vulgar, y la *Sabastiana*, que lo supo, fué á verle, y aun se ofreció á cuidarle sirviéndole de enfermera.

Esta heróica accion coronó el amor inmenso que el baron sentia por la bella melonera, y una tarde, entre dos luces, prometió solemnemente que se casaria con ella ó no se casaria con ninguna.

La melonera habia tomado cierta aficion al lujo, parecíale humillante su oficio de vender sandías y melones, y, mas que ella, su madre, que era una vieja

con mas barbas que un granadero, deseaba una buena colocacion.

—No seas tonta, decia la melonera madre á la melonera hija; á lo que tú debes *espirar* es á casarte con el baron. Ahí es nada: él es baron y tú serás *barona*, que no es cosa de despreciar. Así hubiera yo hecho caso á un escribano que me queria al mismo tiempo que tu padre, que puede que hoy arrastrásemos coche, y tuviéramos usía, y los alguaciles nos saludarian con el sombrero tricornio en la mano; y no que ahora, en cuanto nos ven tirar una cáscara de melon al arroyo, parece que nos quieren comer. Nada, chica, ya que tu madre ha sido tonta, no lo seas tú, y cásate con ese ave fria, y verás cómo rabian las vecinas, y cómo se quedan bizcas todas las señoras cuando te vean con tu manteleta y tu calesin y tu aquel, mas guapa que todas, y con mas garbo y mas sandunga.

En esto heredó el baron una regular cantidad de un tio que se murió jóven, expresamente para que el majadero de su sobrino le heredase, y resolvió tomar estado.

El puesto de la *Sabastiana* estuvo cerrado un mes, dando lugar á muchos comentarios de las amigas y compañeras de la frutera, y al cabo del mes el puesto desapareció.

Sabastiana era ya doña Sebastiana, baronesa del Pico Largo.

II.

—Ya eres doña *Sabastiana*, dijo á esta su madre, el dia de las felices bodas, aprovechando un mo-

mento en que el baron del Pico Largo habia ido á su cuarto á atarse las cintas de los calzoncillos, que le arrastraban, no los calzoncillos, sino las cintas, como que al vestirse para ir á hacer la barbaridad de casarse, con la emocion y el atolondramiento propios de quien hace semejante disparate, se le habia olvidado atárselas;—ya eres doña *Sabastiana*, que era todo mi *pio* desde que ese señor del pico largo te *escomenzó* á hacer cucamonas. Ahora vamos á ver cómo te portas, y qué *conduta olselvas*; ya no tienes que acordarte de mas melones que de tu pariente, que parece un *enfeliz*, y de tu madre, que no porque tú seas doña *Sabastiana*, deja de ser tu madre y de haberte llevado en el *vlientre* nueve meses, y pasado contigo muchos trabajos. Yo, si quieres, volveré al puesto; pero ya ves que seria una *inominia* que estando *emparentá* con un baron, aunque no creas que tu padre no lo era tambien, estuviera yo gritando en la calle de Atocha: *A cuartito la raja de melon y sandía*.

—¿Padre era baron tambien?

—Sí, chica, varon era.

—Pues me alegro el saberlo, porque así no me podrá echar *ná* en cara mañana ó el otro nadie en el mundo.

—Está claro... Pues ya te digo, ya ves si tendrian que hablar si volviera yo al puesto; y ya sabes mi genio, y cuántas veces he estado, aunque me esté mal el decirlo, en el Modelo, por haber puesto los cinco *deos* en la geta á muchas *boconas* y dicho cuatro claridades á los del cuello verde... Con que, si te parece, ahora eres en tu casa el ama, como tu pariente el

amo, y yo en ninguna parte estaré mejor que á tu vera, para cuidar de los chicos.

—¿De qué chicos?

—¡Toma! de los que vayas echando al mundo. No tengas cuidado que no te faltarán... Y además podré acompañarte al *treato*, y á paseo, cuando tu *marío* tenga que hacer ó este malo... Ya tú ves, que bastante tiempo hemos estado remando y echando los hígados, y razon es que ahora nos desquitemos y nos divirtamos todo lo posible sin ofender á *naide* .. Dime, ¿te ha dado tu pariente las llaves de todo?

—No señora.

—Pues te *alvielto* que la mujer es la que debe tener las llaves de todo y llevar el peso de la casa. Tú debes ser la reina de tu casa, que para eso te has casado... Mira tú por qué es bueno que yo esté contigo, porque si tu pariente no hace lo que es regular, yo te avisaré, y siempre seré un centinela que cuide de que *naide te la dé*.

—Bueno, yo se lo diré.

—¿El qué?

—Que Vd. se queda con nosotros.

—Mira, chica, tú no tienes *ná* que decirle; parece que ya le tienes miedo... Y mira, si eres tan *descastá* que no te importa que tu madre se vaya de tu casa, me lo dices, y me voy, me voy al puesto, que ya sabes que á mí por eso no me da *cuidiao*, y sé ganar para unas patatas *honrámente*, y nunca me falta parroquia, en buen hora lo diga, porque no soy como otras, y tengo educacion *pá* tratar aunque sea con mar quesas; *velay* porque á mí no me ha faltado

nunca que comer, y luego que se sabe en Madrid que el género que yo tengo no lo tiene *naide*, y que ya se me puede comprar á *sastifacion*... Conque, chica, no hemos dicho *ná*, yo me voy al puesto, y tú te quedas ahí con tu *mariito*, que ya te cansarás de *mario*, y puede que *argun* dia te pese no estar vendiendo *entoadía* naranjas y melones.

—Pero, madre, yo no le he dicho á Vd.....

—Es que conmigo no te vengas á dar tono, que tan melonera eres tú como yo, aunque te llames doña *Sabastiana*. Si te has casado con el señor del Pico Largo, esa ha sido una *causalidad*... Verás si revienta el mejor dia y no te deja hijos, cómo tienes que volver á los melones.

—Pero, madre, si yo no le he dicho á Vd. nada.

—Es que te lo digo todo esto por si acaso.

—Usted estará aquí siempre conmigo.

—Corriente; pero ya ves que por mí no tienes que guardar etiquetas, porque á mí me gustan las cosas claras, y con media palabra que me digas ya estoy saltando de aquí... Pero ¿dónde está mi yerno?... ¿No piensa que vayamos hoy á la botillería?... No sé yo entonces para que habré sacado yo este pañuelo de Manila que se me está arrugando de tenerlo puesto.

—Estará ocupado.

—El dia que uno se casa, no debe tener nada que hacer .. Díme, ¿has reparado qué berruga tiene junto á un ojo tu pariente?... Hoy le he estado mirando despacio, y es feo como una noche de truenos...

—Tiene muy buen cuerpo.

—Eso sí, buen cuerpo lo tiene; pero lo que es la

cara, calla, hija, porque es capaz de dar un susto al miedo... la boca parece una espuerta, y las narices... Las que á mí faltan le sobran á él... Cuando te quiera decir algo bajito, te las va á meter por un ojo. Y ¡qué piés tiene el buen señor!... Luego dicen que la gente ordinaria... Pues anda que él, siendo tan fino, tiene unos piés, pongo por caso, como el señor Manuel, el escarolero, que se pone en la carnicería del señor Roque... El señor Roque me dió anoche espresiones para tí, y me dijo que él tambien se hubiera casado contigo, pero que nunca le quisiste hacer cara.

—Es claro, ya ve Vd. que un carnicero...

—Eso le he dicho yo, que no era cosa de ponerte detrás de un mostrador á partir chuletas, y á sacar los sesos á las terneras, y á los carneros ..

—¿Y qué dijo?

—¡Toma! se desvergonzó conmigo, ya sabes tú qué lengua tiene, como que es un hombre sin educacion. Pero dí, ¿no pensará tu pariente llevarnos hoy á la comedia?

—Sí señora, si tiene el *parco* desde ayer...

—¡Hola! nos lleva á *parco*... Pues oye, tienes que enviar á que venga la Tomasa la *peinaora*, á ver si nos hace las trenzas... Ahora no te tienes que poner el moño como antes; tienes que ponerte la castaña y... en fin, la Tomasa te peinará á lo señora... Yo tengo tambien que salir, á ver si me compro una papalina con cintas de tafetan... ¿A qué *treato* vamos?...

—Al *Rial*.

—Me alegro, no lo hemos visto. ¡Qué lástima que no haya toros!... Iríamos, y de fijo que en viéndote el

Chalao te regalaba la moña del toro y se lo brindaba á tu pariente... Si hubiera vivido tu padre, con ese te hubieses tenido que casar, porque estaba empeñado en que habia de tener un torero en la familia; como él, Dios le tenga en gloria, era tan aficionado... Pues mira, cuando sepa el *Chalao* que no te has *casao* con él, no sé cómo lo tomará, porque él es muy *sentio*, y puede que haga *arguna* que sea *soná*... ó le busque camorra á tu pariente, á ver si le puede dar una buena *recebiendo*... Es buen chico, pero muy bruto... por supuesto que de lo que nosotras hablamos no hay que decirle *ná* á tu pariente.

III.

Doña Sebastiana siguió al pié de la letra los consejos de su madre, y el bueno del baron del Pico Largo conoció al poco tiempo que habia hecho una barbaridad, y llevado á su casa dos enemigas de su reposo.

Doña Sebastiana estuvo los primeros dias todo lo amable que el baron podia desear; pero muy pronto, como ella no estaba enamorada del baron del Pico, ni mucho menos, empezó á aburrirse de tener siempre al lado al tal baroncito, que no era en efecto nada simpático, y como no sabia disimular, en lo cual se diferenciaba de las mujeres de cierta educacion, que saben disimular de lo lindo, le manifestaba á los seis meses de casada el mayor despego, y si aun le sufria era porque el pobre baron le daba libertad completa, y no se oponia nunca á los caprichos de su mujer.

El baron quiso presentar á su mujer en varias casas de familias amigas; pero desistió al fin, porque en las primeras donde la presentó, se limitó á bajar la cabeza, á reirse y á no hablar mas palabra que *á los piés de Vd.* á los caballeros, y *¡que vaya bien!* á las señoras, con lo cual, en todas quedaron convencidos los amigos del baron de que la baronesa era un animal, y el baron daba pruebas manifiestas de ser lo mismo.

Como la muchacha era guapa, muchos amigos del baron se dedicaron á visitarla, no con las mejores intenciones, porque la mas inocente que llevaban era reirse de ella.

Y entanto el pobre marido era el hazme-reir de todo el mundo, y se contaban de él las extravagancias mas estupendas, sin que ninguna pareciera inverosímil en él, porque quien se habia casado sin mas ni mas con doña Sebastiana, era capaz de hacer todos los disparates imaginables.

Y la madre de doña Sebastiana, que al principio no queria tratar con las verduleras, naranjeras y demás gente del comercio á gritos, se cansó pronto del baron del Pico Largo, y de su hija, y de los amigos, y todos los dias se iba en coche, que eso sí le gustaba mucho, al sitio donde tuvo el puesto, y allí se pasaba las horas muertas con la que le habia tomado el traspaso del puesto, y con las demás vendedoras de la vecindad. Y un dia que una señora que pasaba la pisó inadvertidamente la cola, prorumpió en denuestos contra la atribulada señora, y habiéndola contestado esta, tiró el manguito en el arroyo, se terció el

pañuelo de Manila, se quitó la mantilla y se la dió al escarolero inmediato, y agarró á la buena señora y la dió una soba regular, acompañada de todo género de insultos, teniendo que intervenir los guardias civiles, que la llevaron á la prevencion, donde tuvo que ir el baron de Pico Largo y usar de toda su influencia con la autoridad, para que no llevasen á su valiente suegra al presidio modelo, que, entre paréntesis, no sé que tenga mucho de modelo.

El baron quiso, con este motivo, desprenderse de su suegra, é indicó la idea á su mujer, haciéndola muy acertadas reflexiones acerca de las conveniencias sociales, y otras mil zarandajas de que entendia lo mismo la baronesa que de engordar mosquitos; pero allí fué Troya, porque la hija le dijo á su madre que su pariente la queria echar, y entre la suegra y la esposa le dijeron tales cosas, que el baron se convirtió por un momento de pacientísimo cordero que era, en furioso leon, y cuenta la crónica chismográfica, que hasta llegó á alzar la mano sobre su mujer, y que entonces la mujer y la madre le trincaron por el cuello, y le dieron una tollina mas que regular, dejándole mas blando que un guante.

Y el mismo dia en que recibió la zurra, recibió el baron, por servicios prestados al gobierno en no sé que asuntos, una gran cruz, la segunda que merecia, aun pudiera decirse la tercera, porque la gran cruz del matrimonio que se habia echado encima, valia seguramente por dos.

Doña Sebastiana era ya la excelentísima señora doña Sebastiana.

Y la pobre, que en el fondo era una pobre mujer, pero tan en el fondo que no se le conocia, se arrepintió de haber procedido tan mal con su señor y dueño, y aun se cuenta que le pidió perdon y obligó á su madre á hacer lo propio, haciendo ambas propósito de la enmienda, poniéndose á la altura de la situacion, y haciendo, en lo sucesivo, alarde de la dignidad correspondiente.

Y en efecto, el mismo dia anunció la suegra á los criados de la casa que su hija tenia excelencia y ella usía, y como uno de estos se riera al oir lo de *usía*, la ilustre señora le agarró por los cabezones, y le hubiera dado de puñadas si el criado no se hubiese defendido valientemente, soltando algunas coces á la *usía*, que soltó la presa, y subió á contarle el caso á su yerno, pidiéndole llena de indignacion, que se llevaran á la cárcel al criado, y le dieran garrote á la mayor brevedad; pero el criado ya habia tomado la puerta.

El baron, que era muy amigo de figurar, imaginó tener reuniones en su casa, y figúrense Vds. los lances á que daria lugar en tales reuniones la presencia de doña Sebastiana y su madre. A esta le dió por bailar, y todo el dia estaba en su cuarto *ensayándose*, como ella decia, y luego se la llevaba el demonio, porque no la sacaban á bailar, y se vengaba sacando ella á bailar á su yerno, que bailaba con ella con el mismo gusto que si bailara con un dentista, que al compás de la música le fuese sacando las muelas.

En cambio, doña Sebastiana siempre estaba en bai-

le con los pollos, que le gustaban extraordinariamente. La *porca*, que así decia ella, la volvia loca, y se pirraba por el *varse*.

Una noche, el baron estaba diciendo á otra excelentísima señora que era muy bella, y no habia acabado de decírselo, cuando se sentó de golpe en el suelo, porque su mujer, que pasaba bailando, oyó el piropo, y desprendiéndose de los brazos de la pareja, aplicó tal cachete al marido, que este no pudo resistir al empuje y dió grandemente que reir á la ilustrada concurrencia, que no podia ver sériamente al amo de la casa sentado en el suelo, y á su mujer increpándole duramente, lo mismo que á la señora á quien tuvo el infeliz la desgraciada ocurrencia de llamar bella.

En fin, tales cosas hicieron la madre y la hija, que los amigos del baron le separaron de ellas, y separado de ellas vive hace tiempo, pero sin lograr por eso paz ni sosiego, porque su mujer y su suegra no se contentan con hacer lo que les da la gana, y tener dinero con que vivir, sino que le piden constantemente, y le amenazan con la justicia, y con los puños de sus amigos, los vendedores de todas las plazuelas de Madrid, y cuentan de él las mayores picardías, y le matarán á disgustos.

No hay que compadecerle; él tiene la culpa.

Los matrimonios en que la desigualdad es tan grande, no pueden salir bien. Si alguno sale bien, es un milagro patente.

DUODÉCIMA PAREJA.

Luis vió una noche en el baile á Gertrudis, y como esta no era ciega, gracias á Dios, la misma noche que Luis la vió, ella vió á Luis.

Luis se quedó extático ante aquella soberana belleza. Gertrudis se enamoró *incontinenti* de Luis, que era un mozo apuesto y galan, elegante, fino, insinuante, un tipo, en fin, igual al de cierto personaje de una novela de esas de á cuarto la entrega de diez y seis páginas en toda España, que por aquellos dias acababa de leer la cuitada doncella.

A la tercera polka se amaban ya *para siempre*, y al terminar el baile ya se tuteaban y decian: *Tu amor ó la muerte.*

Luis estaba loco.

Gertrudis estaba loca.

Luis no dormia, no comia, no buscaba á sus amigos, no pagaba á su patrona, no iba á la Universidad, donde estudiaba jurisprudencia, no hacia, en fin, na-

da de lo que debia hacer, y se pasaba el dia y la noche paseando por la acera, frente á la casa de su amada, y cuando esta se asomaba al balcon, se ponia á mirarla como un bobo, y se le caia la baba, y como echaba la cabeza hácia atrás, se le caia el sombrero en el lodo, y sufria empujones de los transeuntes, y pisotones de los aguadores, y los perros le tomaban por un poste ó guarda-canton, y con la mayor gracia del mundo, le ponian el pantalon perdido, y un prestamista, que vivia en el cuarto bajo de la casa de Gertrudis, avisaba á la policía que un hombre sospechoso le espiaba, y todo el mundo que le veia allí mirando á un cuarto segundo con la boca abierta, inmóvil, ciego, embobado, le juzgaba tonto de capirote, y no pocas personas, mujeres, chicos y soldados creian que estaba viendo algo raro, y se quedaban allí á su lado mirando arriba. Cuando veian que lo que veia era una muchacha que hacia visajes con la boca, y que hablaba con los dedos, prorumpian en estrepitosas carcajadas y silbidos, y se disolvia la reunion.

Un mes pasó así; pero Luis no podia vivir, y Gertrudis tampoco, segun se decian ambos.

Una mañana se presentó Luis en casa de Gertrudis, preguntando por el papá de esta, apreciable escribano con escribanía, y con algun dinerillo.

—Vengo á pedir á Vd. la mano de su hija, le dijo.

—¿Qué es Vd.?

—Cursante de jurisprudencia.

—¿Y qué mas?

—Seré con el tiempo y con el amor de su hija de

usted, abogado, fiscal, juez, magistrado, presidente de sala, regente de la Audiencia, ministro...

—Pues entonces, cuando sea Vd. todo eso, vuélvase Vd. por acá.

No pudo sacar otra contestacion al inexorable padre, quien llamó despues á su hija y la dijo lacónicamente:

—Si vuelves á acordarte de ese pollo, te meto en un convento.

Tentada estuvo Gertrudis de tomar fósforos; pero no se atrevió, temiendo que la muerte la pusiera muy fea, y queria que si Luis la veia muerta, la viese mas bonita que nunca, que es como están las chicas que se mueren de amor, ó aunque se mueran de viruelas, en cualquiera de las citadas novelas. Se contentó con irse quedando flaca, flaca, y al mismo tiempo enflaquecia tambien el amante, que, sin poder ver ni hablar á Gertrudis, á quien el padre vigilaba cuidadosamente, estaba el pobre que parecia el espíritu de la golosina.

El conducto por donde se comunicaban estos felices amantes, que eran tan felices, era el aguador de la casa de Gertrudis.

Una tarde, el aguador fué á *echar el agua al escribano*, y al entrar él en la cocina, vió salir no sé de dónde á la señorita, y la entregó una carta que decia así:

«Amor mio, vida mia, ángel mio, ilusion mia, reina mia, dueño mio, señora mia, Gertrudis... si esta noche á las doce no bajas, á las doce y dos minutos oirás un tiro. Tu amante habrá volado á esperarte en

otro mundo mejor, donde no hay escribanos. Si bajas, mañana estaremos unidos para siempre. En la esquina habrá un coche. En el estado de febril impaciencia en que estoy, no puedo coordinar las ideas, ni escribirte mas. Dále la contestacion al aguador, que ha sido el ángel tutelar de nuestros amores.»

Esta carta acabó de trastornar á Gertrudis, que cogió un pedazo de papel sellado de la mesa de un escribiente de su padre, y escribió lo siguiente, con mano trémula:

«*Bagaré. Há las* 12. *Tulla hasta la muerte.*»

Y en efecto, *bagó*, digo, bajó á las doce, y halló á su amante que la llevó á casa de su patrona. Era esta una mujer honrada, y admitió en casa á la muchacha, con la condicion de que no habia de separarse de ella.

El padre quiso matar al seductor; pero tenia el padre en su casa una señora en calidad de ama de gobierno, que le aconsejó que lo que debia hacer era dejar á su hija que se casara con su amante, pues de no hacerlo así, quedaria la niña perdida para siempre. La buena señora tenia sus miras ulteriores.

Casáronse los dos jóvenes, el padre dió algun dinero, no mucho, y lo que es el primer mes, lo pasaron muy ricamente; pero el segundo mes el padre dió dinero con visible repugnancia, y el tercero muy de mala gana, y el cuarto, cuando le fueron á *tocar el tambor*, dijo que habiendo él contraido nuevas obligaciones, por haberse casado con su ama de gobierno, no podia en adelante subvenir á las necesidades de su

hija, quien teniendo marido, no tenia que pedir á nadie lo que le hiciese falta.

El muchacho tenia padre, allá en Utrera; pero el padre habia sufrido tres ó cuatro golpes de entidad en sus intereses, y ya no podia favorecer á su hijo. Este queria cumplir sus obligaciones, aunque ya estaba bien pesaroso de haberlas contraido, y para cumplirlas buscaba trabajo, cuentas que hacer, documentos que copiar, novelas que traducir, en fin, cualquiera ocupacion que le produjera lo suficiente para no morirse de hambre él y su esposa, que ya estaba para colmo de felicidad, en estado interesante.

El amor, como en nada se fundaba, como que no era tal amor, se fué, y la muchacha se desesperó al volver en su juicio, y el muchacho se daba á los demonios, pensando en la cadena que le sujetaba para toda su vida. Esta cadena hubiera sido dulce para los dos si hubiera vivido el ser que se agitaba en el seno de la madre; pero para completar el castigo de la imprudencia de los esposos, aquel sér inocente dejó de vivir apenas su madre le echó al mundo.

Y ya habia perdido dos años de su carrera el jóven esposo, y no habia perdido solo estos dos años, sino el amor al estudio y la tranquilidad que se necesita para estudiar con fruto, y además le avergonzaba que sus condiscípulos, unos habian concluido su carrera, otros tenian colocacion decorosa sirviendo al Estado otros se distinguian en la prensa, y todos, en fin, habian aprovechado el tiempo.

Llegaron dias crueles para el infeliz matrimonio, llegaron dias en que no habia que comer, y poco re-

signados ambos, y ambos pesarosos de haberse casado, empezaban las recriminaciones, y se decian cosas horribles, injurias de esas que destruyen no solo la felicidad, sino la tranquilidad de toda la vida. Él no estaba todavía pervertido, y queria trabajar, tenia aun el sentimiento de su deber; pero no hallaba dónde, ó hallaba ocupaciones que no le daban ni honra ni provecho. Para distraerse pasaba casi todo el dia en la calle, cuando podia pasaba el rato en el café, y como en Madrid hay tanto vago, y tanto buscon, no tardó en hacer conocimiento con hombres de malos antecedentes, maridos criminales que abandonaban á sus mujeres, hijos ingratos que mataban á pesadumbres á sus padres, los cuales pronto le aficionaron á sus costumbres y á sus ideas, y la pobre Gertrudis vió al fin en toda su realidad el abismo á que la habia conducido aquella fatal carta que envió á su amante por conducto del aguador.

Gertrudis y Luis viven todavía; Gertrudis, la muchacha linda y elegante, es una pobre mujer fea ya, y su elegancia consiste en un vestido negro, mal digo, ya no es negro, es de color de ala de mosca; cuando tiene quien la de qué coser, cose; cuando no hay trabajo, pide á las señoras de la Junta de Damas, ó va á asistir á alguna enferma, ó se muere de hambre.

Luis, despues de haber sido escribiente en un periódico, en una parroquia, en una inspeccion de policía, en una fonda, en la contaduría de un teatro, en una sacramental, corista en un teatro, apuntador y acomodador, repartidor de periódicos, y uno de los

dos directores banqueros, capitalistas de una sociedad de crédito, que era un engaño y la autoridad lo descubrió, está en el presidio, no sé si de Toledo ó de Alcalá, extinguiendo su condena de seis años de prision.

El ejemplo de este matrimonio debe enseñar á damas y galanes que el matrimonio no es cosa de juego, y que es muy fácil, si no se tiene prudencia y juicio, hallar la eterna desdicha en aquello que parece ha de ser la eterna felicidad.

Bueno y santo es el amor, pero es preciso que no se tome por amor lo que no es mas que un capricho ó juego.

DÉCIMATERCERA PAREJA.

Juan era un muchacho muy elegante, apuesto y galan, que bailaba primorosamente todo lo que se baila, que se vestia de una manera irreprochable, y que tenia fama de seductor y hombre de mundo.

Despues de volar de flor en flor como una mariposa, ó como un *mariposo*, D. Juan tuvo un fin trágico: se casó con una mujer que le llevaba diez años, es decir, que tenia treinta y cinco cuando él acababa de cumplir los veinticinco.

Pero esta jamona era rica, y ahí tienen Vds. el *quid*. El dinero será, mientras el mundo sea mundo, el *quid* de muchísimos excesos de todo género.

Por mas que se declame contra el dinero, el dinero tiene un poder incontrastable, es un gobierno que no lo derriba ninguna oposicion por hábil que sea.

Casilda, que así se llamaba la esposa de D. Juan, era bastante fea, y ahora lo es mucho mas, y tenia

madre, una madre ya muy vieja, pero muy tiesa, una de esas mujeres que, con mas años que un camino, tienen mas fuerza, mas agilidad, mas ganas de comer y mejor humor que una muchacha sana y robusta; la madre de Casilda queria tener un nietecito; pero pasó un año, y el nietecito no se presentaba.

La madre, por sí y ante sí, consultó á un médico, y el médico á quien le tenia sin cuidado que D. Juan tuviese un batallon de hijos, ó no tuviese ninguno, ordenó al matrimonio una temporada en los famosos baños de Carratraca.

A los nueve meses Casilda, á los treinta y siete años de edad, daba á luz un infante, es decir, un chico, que era su retrato, segun decia la abuela, con lo cual dicho se está que era feo como un coco. El padre se alegró, y aunque el chico berreaba como un becerrillo, y no le dejaba dormir, ni comer, ni descansar un momento, estaba muy contento con tener un heredero de su nombre, que era lo único que habia aportado al matrimonio. Un año tenia ya el angelito, y doce amas de cria habian contribuido á su encanijamiento, cuando Casilda dijo otra vez: —¡Allá vá!—y soltó, como quien no quiere la cosa, dos chicos, digo, una chica y un chico, con cuyo refuerzo ya se dió por satisfecho el feliz marido, que pronto empezó á dejar de ser elegante, y á cargarse de espaldas, y á quedarse flaco, y á conocer que no habia hecho tan buen negocio como creia, casándose con una mujer rica, pues en resumidas cuentas, lo que su mujer tenia pertenecia de derecho á la prole, y á él bastante le daban con mantenerle y darle ropa limpia.

Pero no paró allí la sucesion de D. Juan, sino que al año siguiente, á su tiempo oportuno, vino la cuarta remesa, que no fué doble aquella vez; pero si lo fué la siguiente, que se recibió á los doce meses.

En fin, D. Juan tiene cada año un vástago, y á todos los matrimonios les recomienda los baños de Carratraca.

Si D. Juan tuviese dinero suyo, si él hubiese traido algo mas que su interesante persona á la sociedad conyugal, si, despues de casado, hubiera trabajado y agenciádose algo honradamente, el hombre viviria tranquilo; pero como ni tenia entonces, ni tiene ahora, ni se ha ocupado en hacer cosa alguna de provecho, ni puede presentar otro título á la consideracion de las gentes que el de *padre*, mi D. Juan pasa una vida que no es envidiable.

Si su mujer fuera otra, lo pasaria mejor; pero su mujer tiene un carácter de todos los demonios, y tantos embarazos seguidos la han hecho caprichosa, dominante y nerviosa, y ya saben Vds. lo que es una mujer nerviosa.

Don Juan es un criado de su mujer, y hace el oficio de niñero.

Se levanta al amanecer, y despues de arropar á Pepito, que está con la barriga al aire, y lavar la cara á Lolita, que se ha echado encima una botella de jarabe que tenia su mamá sobre la mesa de noche, y curar á Adolfito, que ha pisado al gato y este le ha sacudido un arañazo que le ha vuelto loco, sale á seguir al ama de cria de Luisito, que se sospecha tiene relaciones con un barrendero del Ayuntamiento, á

avisar al médico, para que venga á ver á su mujer, que se queja de un dolor, á buscar otra ama para Angelita, que la destetaron y no quiere comer, á llevar una vela á San Ramon, que se la ofreció su mujer cuando tuvo á Teresita, á averiguar dónde hay vacuna, á llevar á retratar á Felisa, y á la escuela al mayor, y á comprar tocino fresco para la esposa, que se le ha antojado en el mes de junio cuando está prohibido matar.

Durante el dia, tiene que hacer bastante con cuidar de sus hijos, porque, como la madre está en estado interesante toda la vida, la pobre no puede ocuparse en nada.

Don Juan está siempre con el oido alerta y ojo avizor, por si llora algun chico, por si alguno corre, por si aquel se sube á la mesa, por si el otro se mete en la despensa, por si las amas regañan, por si el pequeño mama cuando el ama está encolerizada, por si el gato araña á alguno, por si otro se va á asomar al balcon, y en fin, prevenido á todo evento y para cualquier accidente de los que á cada instante pueden ocurrir en una casa donde hay ocho ó nueve chiquillos, que el que mas ha cumplido los nueve años.

Cuando no llora uno, lloran tres á un tiempo; cuando uno pega al otro, otro se pega él mismo un golpazo, que por poquito no se queda en el sitio; cuando el uno tiene una vomitona atroz, por haberse bebido el aceite de los velones, creyendo que era horchata de chufas, el otro está en un rincon comiéndose media libra de castañas, que por la tarde le producirán un dolor de barriga que me rio yo.

Y luego el pobre hombre tiene la culpa de todo lo malo. Si un chico se cae, descuido suyo; si se hace sangre, acaso él le habrá dado un coscorron, así dice su mujer; si otro se resfria, él fué quien lo desabrigó, por enseñar á una vecina lo gordito que está el angelito; si el ama hace el mismo caso del niño que del rey que rabió, es porque le han conocido, y le tienen por un calzonazos, y saben que no tiene ley á los niños; si dá á estos todos los gustos, los cria mal y los va á hacer desgraciados; si les contraría, es que se goza en hacer rabiar á las criaturas; si se niega á coger en brazos á uno de los de pecho, porque el señorito apesta, le dice que mas apesta él, y que no se le caerá ninguna venera; y en fin, el pobre D. Juan es un padre mártir, que, aun teniendo mucho amor á sus hijos, vive una vida de todos los diablos.

Las amas le contestan mal, le envian á paseo á lo mejor, enseñan á los chicos á decir que no *quieren á papá*, y se rien de él en sus barbas; los niños, uno le tira una pelota á las narices, y se las hincha y se las pone como un tomate; otro le tira la petaca por el balcon, otro le quita el cigarro, y se abrasa con él metiéndoselo en la boca por la parte encendida; otro tiene la manía de escupirle; otro le vierte dentro del sombrero una botella de tinta, y cuando va á salir y se cubre con él, se pone la cara, la cabeza, la camisa y el chaleco como pueden Vds. figurarse, y todos, en fin, le traen á mal traer, y juegan con él con gran contentamiento de la madraza y de las amas, que se rien como locas siempre que los chicos hacen alguna diablura con su padre.

Y el hombre tiene que callar porque su mujer se irrita si él se queja, y es preciso tener consideracion con una mujer en estado interesante.

Don Juan se casó con una mujer de mas edad que él, con objeto de poder seguir siendo elegante y galan, y tener dinero, y hacer viajes, y gozar del mundo y sus vanidades, pero no contaba él con la familia que habia de salir de su compañera para echar por tierra todos sus deseos de buena, holgada y placentera vida.

El queria tener un hijo, por si su esposa llegaba á faltar; pero no presumia que á los nueve años habia de tener ocho ó nueve; hace tres años que cada vez que le nace un hijo, dice despues de dar al recien nacido el ósculo paternal:—*Se continuará.*

Y todo esto seria bueno, seria tolerable, que al fin tener hijos no es ningun delito, ni se puede considerar dosgracia entre cristianos, si cada niño naciera con una talega, no como las ciento y tantas que forman parte del guarda-ropa de la prole de D. Juan, sino llena de monedillas de cinco duros, porque la verdad es que el caudal de la madre lleva muy buen paso, á fuerza de pagar bautizos, convites, médicos, cirujanos, boticarios, matronas, sangradores, sanguijuelas, amas de cria, cabras, caprichos, envolturas, zapatitos, trajes, juguetes, viajes, cunas, camas, etc.

Cada vez se va haciendo mas exiguo el caudal, y como D. Juan no es nada, y su mujer no puede ocuparse en nada, resultará que si no se acaba antes el dinero, cuando los chicos tengan mayores necesidades, no habrá con qué satisfacerlas.

De donde se deduce que ningun homdre debe casarse porque la novia tiene mas ó menos dinero, sino porque él, tenga ella lo que quiera, tiene lo suficiente para mantenerla y mantener todo lo que venga.

Don Juan, ahora que está ya cargado de hijos, y acostumbrado á no hacer nada, se acuerda de que necesita ser algo, y va á pretonder un destino, porque su mujer le dice que es un holgazan que no sirve para nada.

Puede que consiga el empleo; pero como no ha sido empleado nunca, ni tiene quien le recomiende, acaso le darán tres ó cuatro mil reales anuales, y gracias.

En las solicitudes que hace á las personas que le pueden favorecer, expone, por todo mérito, que es padre de muchos hijos.

Ya es tarde, pero el dichoso padre está convencido de que no se debe casar un hombre para vivir con mas desahogo que cuando soltero, á costa de su mujer, sino para cumplir como hombre digno y laborioso todas las obligaciones que el matrimonio trae consigo.

La Providencia suele castigar de mil modos á los que se casan con un pensamiento ruin y egoista.

Ténganlo Vds. en cuenta, los que aun estén en estado de merecer; y no olviden que el hombre propone y Dios dispone, que cada cual se forma un porvenir á su gusto, y tiene el que Dios quiere.

DÉCIMACUARTA PAREJA.

Ahí tienen Vds., señoras y caballeros, á D. José Polvorin, con su señora doña Brígida Polvoron, su vástago Arturo Polvorin y Polvoron, y la hermana de doña Brígida y cuñada de D. José, la señorita doña Angustias Polvoron, soltera, que si se casa, será un milagro, y si no se casa, se la llevará el demonio, porque ella está, dicho sea entre nosotros, penada por casarse, y se casaria con cualquiera, si este cualquiera se presentase, que no se presenta.

Doña Brígida y doña Angustias vivian huérfanas en la calle del Tribulete, pasando las tribulaciones propias de dos mujeres solas y doncellas, y deseando ambas á dos hallar una proporcion, ó mejor, dos, ó tres, ó mas proporciones, para escoger; pero por mas que todas las noches concurrian al café de Pombo, á tomar en invierno el rico café con la rica tostada de manteca imitada, y en verano el apetitoso vaso de le-

che amerengada, con barquillos, los domingos y fiestas de guardar, ningun señor, ni jóven ni viejo, ni guapo, ni feo, ni rico, ni pobre, se acercó en su vida á decirlas un triste chicoleo, y no era extraño en verdad, porque doña Brígida y doña Angustias eran muy feas en aquel entonces, y hoy lo son mas, que naturalmente la fealdad es mas fea con la accion del tiempo, asi como con la accion de este despota, á cuya ley todo el mundo obedece *á fortiori*, la hermosura se cambia, andando los dias, en fealdad.

Dadas á los mismos demonios estaban las dos, como digo, cuando la casualidad llevó al cuarto principal de la casa de enfrente, en calidad de huésped, á mi señor D. José Polvorin, cirujano comadron que habia sido, y se retiraba á la vida privada con veinte mil reales que sacó á la lotería, proponiéndose alcanzar un empleo, que es lo que en España se propone muchísima gente, y dejar las lancetas, el gatillo, las navajas, y demás instrumentos propios de la honrosa profesion que ejercia, para lo cual hizo antes pública almoneda de dichos objetos, bacías, toallas, mesas, y hasta sanguijuelas, que las aplicaba á *domicilio* con singular acierto. La patrona de D. José era viuda de un coronel, que los que le conocieron dicen que no pasó en su vida de cabo del resguardo, y tenia por costumbre averiguar vidas ajenas, y sabia por ende de pé á pá la vida y circunstancias de sus dos vecinas solteronas. Con D. José simpatizó doña Matea, la patrona, y se pasaba hablando con él muchos ratos, cuando le pedia dinero adelantado para sacar del Monte dos cubiertos, ó para taparle la boca al case-

ro, con quien tenia un atraso de seis meses, por lo malo de los tiempos, y el mal cumplimiento de una cómica que tuvo en el gabinete, y dos estudiantes que estuvieron dos años durmiendo en el cuarto oscuro del pasillo, y se le fueron sin darle un maravedí; y hablando de muchas cosas, le habló de las vecinas, y le contó que la casa en que vivian era suya, y que daban dinero á ganancias, por bajo de cuerda, y que, aunque no eran muy agraciadas, ¡qué demonio! la hermosura se pasa pronto, y lo que conviene á un hombre es una mujer que le reluzcan las espaldas; en fin, que hizo pensar á D. José en casarse con una de las hermanas, y se ofreció á servir de medianera en la obra de este matrimonio. D. José cayó en la tentacion de casarse, porque era una de las hermanas buena proporcion, bajo el punto de vista del dinero, y aun bajo este mismo punto de vista acaso se hubiera determinado á casarse con las dos, si las leyes divinas y humanas no prohibiesen á los cristianos, para bien suyo, semejante exceso.

Y doña Matea fué y vió, y habló á las dos hermanas, y cuando ya tuvo preparado el terreno, una tarde sacó al balcon á D. José, y así como por casualidad, salieron al suyo al propio tiempo las dos hermanas, vestidas con lo mejorcito que tenian, y al mismo tiempo él y ellas, como movidos los tres cuerpos por un resorte, dieron un salto atrás, ni mas ni menos que si en el mismo punto hubiese picado á cada cual una avispa.

—¡Qué feas son! dijo él.

—¡Qué feo es! dijeron ellas.

Y así se conocieron D. José Polvorin y doña Brígida y doña Angustias Polvoron.

Hablaron las hermanas, y ambas dijeron que era el tal D. José un fenómeno; pero ambas pensaban casarse con él, si él queria. Lo que deseaba Brígida era que Angustias no le cobrase aficion, y lo mismo deseaba Angustias respecto de Brígida. Desde aquella tarde, todas las siguientes se veian un ratito en el balcon las interesadas y el interesado y se saludaban, y á los ocho dias ya hablaban del tiempo, y á los veinte ya las acompañó D. José al café de Pombo. Angustias, mas determinada, tomó el brazo de don José en el camino; pero Brígida tomó el otro, y ni una ni otra pudieron oir de los labios del cirujano la declaracion deseada. Pero estaba escrito que Brígida habia de ser la favorecida, y una tarde que D. José pasó á visitar á las hermanas, en ocasion que Angustias estaba en casa de una vecina, se entendieron este y aquella y quedó concertado el fausto acontecimiento, como que ella y él eran libres, y no tenian que dar á nadie cuenta de sus acciones.

Cuando entró Angustias y vió á Brígida sola con don José, se le cayó el alma á los piés, y hubo de decir para su corsé, que lo llevaba con cada ballena como un machete: —«¡Ciertos son los toros!» y le echó unos ojos á D. José y á su hermana, que parecia que los queria devorar. D. José, muy conmovido, despues de haber declarado su atrevido pensamiento á aquella pudorosa y feísima doncella, se retiró con su emocion, y dió lugar con su retirada á la escena mas horrenda entre las dos hermanas. Allí se pusie-

ron las dos de ropa de Pascua, y decidieron separarse despues de hacer las cuentas, y tales voces dieron y tales amenazas hubo, que hubieron de intervenir, para calmarlas y evitar una catástrofe, un capitan retirado que vivia en el piso segundo, un músico de la murga, que vivia en la boardilla, un sastre que vivia en el sotabanco, y un curial, hermano mayor de las Animas, que estaba á la sazon de visita en casa de doña Manolita, una andaluza que vivia en el cuarto bajo, y tenia á su marido en la Habana, sin saber de él, desde que la escribió una carta diciéndola que le avisase con tiempo si queria ir á buscarle á la Habana, para irse él mas lejos.

Calmáronse al fin las hermanas, aunque aquella noche ninguna se acostó, porque no teniendo, por economía, mas que una cama, no querian dormir juntas, y hubieron de estar con ellas, para evitar que la escena se reprodujese en la soledad y el silencio de la noche, el hermano mayor de las Animas y doña Manolita, quienes trataron de convencer á Angustias de que, casada su hermana, no le faltaria á ella acaso mejor proporcion, porque al fin D. José, aunque buen sugeto, era feo por extremo, y no tenia una fortuna del otro jueves para que nadie envidiara á la que le diese la blanca mano; y en fin, yo no sé qué la diria el citado hermano mayor, que era viudo para servir á Vds., que al cabo se calmó Angustias por completo, y deseó á su hermana muchas felicidades en su nuevo estado.

Y se casaron al fin D. José Polvorin y doña Brígida Polvoron, y como no se tenian amor maldito, sino

que la segunda se casó por casarse, y el primero por aumentar su dinero, muy mermado por las peticiones de doña Matea, que le hizo pagar muy caros sus servicios diplomáticos en la intervencion en el asunto del matrimonio, al cabo de poco tiempo ya era un infierno el hogar doméstico, atizando la discordia de mil modos la cuñada, que estaba y está furiosa por no haber vuelto á ver el pelo al hermano mayor de las Animas.

Seis años hace que D. José echa de menos la tranquilidad de su tienda, y la compañía de sus sanguijuelas, porque entre su mujer y su cuñada letraen como un zarandillo, y le hacen pasar la pena negra.

Todas las tardes van á pasear por la Ronda: la cuñada delante siempre, como diciendo: «Aquí va la niña de la casa;» el ama en medio con la criatura, y detrás el matrimonio. A lo mejor, en medio del paseo, riñen las dos hermanas, y no es la primera vez que el marido las ha amenazado con pedir auxilio á los carabineros; y cuando no riñen, doña Angustias mira con amor á todos los que pasan, y en viendo alguna pareja enamorada, que no faltan por los paseos poco concurridos, se deshace en comentarios, y encarece la libertad de las jóvenes del dia, y dice que la dama es fea aunque sea un sol, y que el galan será un tronera, aunque el pobre hombre sea tan bueno como el pan. La cuñada es una cuña, que atormenta sin cesar al pobre marido á quien no perdona no haberse casado con ella, con lo que tampoco se hubiera librado el hombre del tormento, porque la hubiera tenido por mujer teniendo por cuñada á la que es su esposa, que

no hubiese sido menos cuñada y menos fiera que la señorita Angustias.

Veinte veces se ha separado la cuñada del matrimonio, pero por pocos dias, porque en seguida echa de menos la satisfaccion de hacer rabiar á su hermana y á su cuñado, á su cuñado sobre todo, á quien cela como si fuese su mujer, á quien atribuye infinidad de vicios, en que el hombre no piensa siquiera, y á quien continuamente está diciendo:

—«¡Jesús! ¡cuánto me alegro que te hayas casado con mi hermana! ¡Válgame Dios, qué hombre! ¡Esto no es hombre, es un muñeco! ¡Ay! ¡con un hombre como tú ya estaria yo enterrada!»

Y en fin, doña Angustias cree que el marido de su hermana está arrepentido de no haberse casado con ella. D. José, entre las dos señoras Polvorones, está en un potro. Cada vez que ve á su patrona doña Matea, le dan intenciones de ahogarla. No lo hace, porque, por ahogar á doña Matea, no dejaria de tener por mujer á doña Brígida y por cuñada á doña Angustias Polvoron.

DÉCIMAQUINTA PAREJA.

—Mi hija no se casará hasta [que encuentre una buena proporcion.

Cuando yo cierre el ojo, puede hacer lo que quiera, pero mientras yo viva, no se ha de casar con un cualquiera.

Así decia muchas veces la señora doña Dolores Rojo de Cerrojillo, señora muy ufana de la alcurnia de sus antepasados, y viuda de un señor que era rico y se quedó pobre, como les pasa á muchos ricos en este mundo con las vueltas que este da y con las mudanzas y veleidades de la coqueta fortuna; era doña Dolores, y lo es todavía, porque vive, y Dios la dé mucha salud, madre de Rita, niña que su madre quiso que fuese tonta, y lo consiguió, educándola malamente, consintiendo y casi autorizando que fuese, no solo voluntariosa, sino tambien codiciosa, ó mas claramente, amiga del dinero; pero no así como quiera,

si no amiga del dinero con verdadera pasion, con verdadero entusiasmo por ese vil metal, que no porque sea necesario deja de ser vil, en cuanto es cómplice ó consejero ó pagador de las mayores vilezas y de las infamias mas horrendas.

Pero doña Dolores no lo entendia así, y tenia la fatal creencia de que con dinero todo se logra, lo cual es verdad y es mentira, y todo su afan era tener dinero, para lo que no crean Vds. que reparaba en poner á unas los cuartos, en casa de su amiga la condesa de la Regadera, donde, dicho sea de paso, fuese casualidad ó doble vista, solia ganar ocho puestas de cada dos, amen de alguno que otro muerto que le solia levantar á cualquiera de los adoradores de la niña, quien no tenia mas remedio que callar, porque si se hubiese quejado de la jugada, hubiera sido lo mas probable que no se le hubiese creido; por el contrario, acaso se habria supuesto que él era el de los *muertos*.

El caso era que doña Dolores, en broma, en broma, solia llevarse cada noche dos ó tres duros á casa, y que cuando murió la citada condesa y se acabaron

En vista de estos inconvenientes, la mamá [illegible] conveniente era informarse de qué clase [illegible] tió del pretendiente, y hacer sus [illegible] prolijas averiguaciones, que él tuvo [illegible] tero, y que tenia mas herederos [illegible] brino, y vivia modestísima [illegible] antigua viuda, que tenia [illegible] pomar que era [illegible] nos miles de reales [illegible] de los muchos y [illegible] tado.

zgo que lo
de tio era el
era riquísimo y soltero forzoso que su sobrino, una viuda, ya un hijo, á la que todos suel testamento la dejaria algu- de su inmensa fortuna, en premio buenos servicios que le habia pres-

contentó doña Dolores, aconsejó á su hija [illegible] [illegible] y que aunque no le agradase [illegible] [illegible] Loca d [illegible] [illegible] [illegible] mú

meses, D. Leoncio, prendado de la chica, y sabedor de que la madre tenia casa bien puesta y no le faltaban tres ó cuatro mil duros, cobrados de deudores de su difunto marido, pidió solemnemente la mano de Rita, que le fué otorgada.

El tio se ponia cada vez peor, y todo el afan de la mamá era casar á su hija antes de que aquel tio cerrara el ojo, porque decia ella:—Si se muere antes, su sobrino tendrá que esperar, siquiera por el bien parecer, dos ó tres meses para casarse, y si en ese tiempo, viéndole dueño de tan gran fortuna, le pescan por ahí, que lo que le sobrarán entonces serán proporciones, y buenas, nos deja plantadas, porque, ¿quién se fia de los hombres?

Don Leoncio, á quien la suegra llamaba donosamente Leoncito, tambien tenia deseos de casarse, porque le urgia tener casa y algun dinero, además de que la novia le agradaba mucho; así fué que, despues de advertir al tio, como era regular, pidiéndole su bendicion, cosa que el tio dió de buena gana, se verificó la boda, y Leoncito dejó la casa de huéspedes donde vivia, y se trasladó á la de su suegra, muy contenta de tener á su lado á sus hijitos, y cada vez mas interesada por la salud del tio, y mas enamorada de Leoncito, á quien hizo dueño de su peculio; porque, ¿qué valia aquella miseria, comparada con la riqueza que el primer dia que apretase un poco el frio, se les iba á entrar por las puertas?...

El tio se puso muy malo; allá fueron corriendo el sobrino, la sobrina política y la suegra, que tenia entrañable amor á aquel tio; el médico dijo que el po-

bre viejo se iba en posta, y que bueno seria que arreglase sus cosas del mundo, procurando el bien de su alma, que era en lo que debia pensar. Doña Dolores lloró, se desmayó y tuvo que tomar mas de media libra de té verde, y si no dió mil besos al anciano, fué por puro pudor.

La antigua criada se encargó de hablarle de lo que el médico le habia dicho, y con él se encerró, porque así lo pidió el enfermo, que si no, doña Dolores no se hubiera separado de su cabecera.

Salió la criada llorando, fué el portero á avisar á la parroquia, vino el señor cura, se confesó el moribundo, y de acuerdo con el médico, se decidió que por la noche recibiria el Santo Viático, encargando mucho el médico y el señor cura, que nadie le hablara ni distrajera en tan supremos instantes.

Llegó la noche, llegó el señor cura con su Divina Majestad, llegaron cinco ó seis amigos del enfermo, y doña Dolores no pudo resistir tantas emociones, y se desmayó, teniendo que acudirla sus hijos, mientras en la alcoba del enfermo, este, próximo á comparecer ante Dios, cumplia un deber de conciencia, casándose con... la criada, y reconociendo por hijo suyo al que lo era efectivamente.

Media hora mas tarde, despues que doña Dolores se quiso comer á la criada, y el sobrino despreció á una *tia* tan inesperada, y Rita volvió de cinco desmayos seguidos, salian de aquella casa los esposos y la suegra, y en aquel punto se convirtió aquel matrimonio en un infierno.

Don Leoncio era un trueno; contando con la he-

rencia del tio habia hallado especuladores que le prestaran, y estaba lleno de trampas.

Doña Dolores habia visto tranquilamente desaparecer el poco dinero que tenia, contando tambien con la herencia.

Y Rita se habia unido por el mismo motivo á un hombre que no amaba.

Ustedes se harán cargo de lo que será este matrimonio, dados los caractéres de los esposos y la suegra.

Pobres, sin tranquilidad, hasta sin decoro, viven los tres, echándose mútuamente la culpa de su mal, y dados á los demonios.

Y el médico sin enfermos, pretendiente de Rita, es uno de los primeros de Madrid, y á fuerza de estudio y aplicacion, se ha hecho muy distinguido, y tiene ya coche y dinero.

Y el empleado de 12.000, segundo pretendiente de Rita, tiene 24.000 rs., y le ha caido la lotería.

Y el abogado no tiene tiempo para ocuparse en todos los pleitos que le confian, desde que demostró su gran talento; y es diputado y será ministro.

Sirva este ejemplo á las madres que quieren para sus hijas hombres de dinero, herederos forzosos de parientes millonarios y otras gangas por el estilo, y prefieran hombres honrados, que tengan una profesion decorosa, y no cuenten mas que con el estudio y la laboriosidad, que son el fundamento, si no de la fortuna, de la tranquilidad y del decoro del hogar doméstico.

DÉCIMASEXTA PAREJA.

Adolfo tenia diez y nueve años, y era ya extremado en sus pasiones, como que sus padres le habian educado en la mas completa libertad y en la bonita costumbre de hacer siempre su regalado gusto, y no encontrar jamás la mas leve contrariedad, educacion muy cómoda, pero que, sin remedio, produce fatalísimas consecuencias. Adolfo habia nacido con un carácter soberbio y dominante, que sus padres hubieran podido corregir, pero no señor; el señorito tenia siempre razon y obraba siempre cuerdamente, lo mismo si daba de latigazos á un anciano criado, ó si retozaba con la doncella, ó si le sacaba del bolsillo á su padre una onza de oro. Fundábanse los padres, para dejarle hacer su voluntad, en que el niño era muy sensible y de una constitucion delicada, y toda correccion podria impresionarle demasiado y comprometer su salud, como si los buenos consejos, el buen

ejemplo, las reflexiones cariñosas de una madre, y las lecciones de un padre fuesen un castigo para un chico y le hicieran igual daño que una paliza.

Pero cuando un hijo tiene padres tontos, el hijo, ó sale tonto como los que le dieron el sér, ó sale mas malo que Cain, siendo muy raro el que, hijo de padres descuidados y que desconocen sus deberes, llegue á ser aplicado, juicioso y hombre de bien.

El instinto del hombre no es tan delicado y generoso que se le pueda abandonar á su instinto, sin gran riesgo para él mismo y para los demás.

Adolfo á los cuatro años le soltaba un taco á su padre, ó apostrofaba de una manera vergonzosa á su madre, con gran contentamiento de aquellos padres bobalicones, á quienes hacia singular gracia la precocidad y el desparpajo del angelito. A los diez años se reia del señor cura que decia la misa de alba en la parroquia de enfrente, porque llevaba el manteo un si es no es raido, y aun algun otro dia le vió con un zapato roto, prueba evidente de que aquel sacerdote se cuidaba mas de socorrer las necesidades del prójimo que de las suyas propias. A los quince ya fumaba delante de su madre, que le servia de encubridora, y á los diez y siete ya sacaba delante de su padre la petaca, y le ofrecia un cigarrillo con el mayor desenfado.

A los diez y ocho murmuraba de todo bicho viviente, y hacia el amor á todas las criadas, y volvia á recogerse muy temprano, á las cuatro ó cinco de la mañana, despues de pasar la noche en bailes ó en cenas entre amigos, y alguna vez en una casa de jue-

go, donde jugaba á duro ó á peseta, segun se hallaba de fondos.

Conoció mi hombre, ó mi aspirante á hombre, mejor dicho, á una chica guapita, modestita, pobrecita, hija de doña Asuncion Corchete, señora muy cabal, aunque sin dinero, mujer de bien á toda ley, de la que nadie tuvo que decir nada jamás, ni pudo tampoco, porque doña Asuncion no gustaba de corretear por calles, paseos, revistas y procesiones, y como no podia sostener el lujo que se necesita para eso, se estaba en casa, y solamente visitaba las casas de confianza, donde no hacia un mal papel. A la niña bien le hubiera gustado dar cuatro brincos en los bailes del Real, y aun de Capellanes, y pasar revista á los oficiales de la guarnicion en todas las paradas, y demás solemnidades militares; pero doña Asuncion era buena madre, y sin usar violencias, sino prudentes consejos, sabia reducir á su hija á obedecerla.

Verdad es que la niña no tenia otra influencia cerca de ella, que la benéfica y guardadora de su honrada madre, y lo que esta temia era que un dia su hija emplease mal su amor, y viniese á tierra toda la tranquilidad que ella, con sus buenos consejos, con su cariño, con su resignacion, con su laboriosidad, habia preparado á su hija.

Y lo que temia la madre sucedió. El señorito Adolfo se enamoró de la muchacha en una tertulia, á la que en mal hora llevó doña Asuncion á su hija, y esta pobre muchacha, que estaba deseando inocentemente tener novio, como la Fulanita y la Menganita, oyó las tontérías que le disparó el funcionario publico

sin pelo de barba, aunque con muchos de tonto, como si fuesen palabritas de miel destilada de los purísimos labios de un angelito del cielo.

Doña Asuncion, con ese instinto que tienen las madres, conoció que Adolfo no era el novio y menos el marido que convenia á su hija, y empezó prudente y discretamente á combatir el amor de su hija. Pero ella combatiéndolo, y el otro alentándolo, y la niña impresionable y vanidosilla, ¿qué habia de suceder? La madre hablaba de modestia, de trabajo, de humildad: el novio hablaba de lujo, de la sociedad, de hacer papel en el mundo, y sobre todo de amor; y cuando la madre casi convencia á su hija, una carta del taimado enemigo de la tranquilidad de aquellos dos pobres séres, llegaba á despertar los deseos y las vanidades de la inocente apasionada niña.

Aquella madre, en beneficio del reposo de su hija, se atrevió á ver á la madre de Adolfo; hizo, para halagar á la madre, conociendo por sí propia lo que es el corazon de una madre, el elogio del muchacho; pero expuso su pobreza y su humildad, calificó de locura de niños el amor de los novios, y suplicó á la madre que disuadiera al hijo, poniendo en sus manos así el sosiego de dos pobres mujeres.

¿Y saben Vds. lo que le contestó la madre del novio? Díjole que procurase ella disuadir á su hija, que no le recibiese en su casa, que su hijo era ya un hombre, y ella no habia de tomar por lo serio un capricho pasajero, que esto y no mas seria aquel amor.

Entre las madres, tambien hay alguna que lo es sin saber serlo.

Desconsolada volvió á casa la viuda, y siguió el consejo de la madre de Adolfo, despidiendo á este, y prohibiéndole turbar el sosiego de su hija.

El muchacho apeló á su dignidad, dijo alguna inconveniencia á la honrada madre, y prometió no desistir de su empeño. La muchacha lloró y calló, y hubiera al fin seguido el buen consejo de su madre, si aquel maldito no se hubiera propuesto hacer la infelicidad de aquella buena madre. De todos los medios se valió para escribir y para ver á la muchacha. Los vecinos, el portero, el aguador, la criada, hasta una pobre á quien doña Asuncion socorria todos los dias con los restos del puchero, todos se hicieron enemigos de la madre y cómplices del galan.

La maldad siempre encuentra servidores. Hay mucha gente que por dinero, y hasta sin dinero, hasta desinteresadamente ayuda á hacer una mala obra. Esto es muy duro decirlo, pero es verdad por dura que sea. Si no hubiera en el mundo gentes que hallan placer en la pena del prójimo, no habria tantas infamias, tantos crímenes, no habria tantas madres desventuradas, tantas familias desavenidas, tantos vergonzosos amores; el vicio se veria aislado, y despreciado, y reducido á la impotencia.

Una noche, la pobre madre dormia, dormia de cansada, y la hija escribia una carta á su madre, en la que decia que amaba á Adolfo, que este queria casarse con ella, y en fin, todos los desatinos con que el gran ladron, que ladron es el que así roba la tranquilidad y la vida á una anciana, habia embaucado á la inexperta jóven.

Y cuando la madre despertó, ya no estaba allí su hija.

Un ladron, un asesino de esos privilegiados que la sociedad no arroja de sí, y que acaso miran con desden al que por haber robado dinero va con el grillete al pié, se habia llevado el tesoro de la anciana y abierto en el corazon de esta una herida de las que nunca se cierran.

Buscó desalada doña Asuncion á su hija, preguntó á las personas en quienes tenia alguna confianza, y no faltó quien se riera de la pobre madre. Robar á una hija al amor de su madre, á la tranquilidad de su hogar, es para algunas gentes una gracia.

Desesperada de hallarla, y antes de poner en conocimiento de la autoridad el crímen, fué la infeliz madre á pedir cuenta de su reposo y de su hija á la madre del villano seductor, del aprovechado niño, que acababa de herirla alevosa y traidoramente de muerte. La madre no estaba en casa, pero estaba el padre.

Este, aunque dominado por su mujer, culpable principal de la mala educacion de su hijo, era hombre de honor, y comprendió la razon con que aquella madre pedia á su hija, y el honor del nombre que llevaba, y compadeció el profundísimo dolor que destrozaba aquel honrado tierno pecho.

—Si mi hijo, dijo, ha cometido esa infamia, yo le obligaré á repararla.

Triste consuelo para la pobre madre, que instintivamente comprendia que su hija no podia ser feliz casada con su raptor; pero, ¿qué hab'a de pedir?

El padre del seductor ofrecia una reparacion digna, la única que podia aceptar una familia honrada; pero esta reparacion era la union para siempre de una niña incauta á un hombre vicioso, disipado, irreligioso y holgazan.

Buscó el padre á su hijo y halló á los dos niños en casa de la pobre á quien favoreció tanto la madre sin ventura.

Esta perdonó á su hija, pero maldijo al infame ladron de su honra. El padre de este miserable pidió perdon á la madre, pidió perdon á la hija, y dispuso que su hijo se casase al punto con la víctima inocente de su liviandad.

Terrible castigo que tuvo que sufrir la pobre niña, por haber olvidado los santos consejos de la honrada madre.

Al principio creyó la cuitada que era una fortuna casarse con el enamorado galan, y el dia de la boda estaba la niña radiante de felicidad, sin que oscureciera el ruiseño horizonte que le fingia su imaginacion la sombría tristeza que nublaba el venerable rostro de su anciana madre.

Casáronse los *niños*, á pesar de la oposicion que manifestó la madre del muchacho, que hubiera querido resolver aquella cuestion de honra dando algun dinero á la chica: pero su marido supo tener carácter por una vez, y ya que tanto habia sacrificado á los caprichos de su mujer, no le quiso sacrificar su decoro y su fama de hombre honrado.

Los *niños* se casaron, como digo, y fueron á vivir á la casa de los padres del esposo, y la anciana

madre, que no podia vivir sin su hija, quedó sola.

Las madres que hayan visto á sus hijas casadas malamente y separadas de su lado, podrán comprender este profundo horrible dolor, que en vano querría yo esplicar.

En los primeros meses, la niña visitaba á su madre, que, destrozándosele el corazon, procuraba disimular su pena, y aconsejaba á su hija y la consolaba, si esta tenia algun disgusto, y hasta disculpaba al marido, si de este se quejaba la esposa, y hacia, en fin, supremos sacrificios de su dignidad y de su amor, para que su hija no padeciese y para que hubiera paz en el matrimonio.

La esposa sufria horrible martirio al lado de la madre del esposo, porque esta, que la odiaba por bella, por virtuosa, por modesta, y sobre todo, porque *habia hecho*, así decia, *que su hijo se cortara la cabeza*, no desaprovechaba ocasion de humillarla, de echarla en cara su pobreza, y hasta su *liviandad*, como si la pobre niña fuera la culpable de los vicios del inícuo seductor que habia ido á turbar su plácido reposo y su inocencia.

Y cuando la pobre jóven iba á quejarse á su propia madre, esta santa mujer le aconsejaba que amase como á madre propia á la de su marido, y la respetase y la sufriera alguna que otra impertinencia.

El martirio de la madre desdichada duró dos años, al cabo de los cuales no pudiendo resistir ya á tanto sufrimiento, murió bendiciendo á su hija y recomendándola á la misericordia de Dios. Y entonces conoció la hija desventurada la horrible posicion en que

se encontraba, en una casa donde no se la tenia amor, ni consideracion, ni respeto.

La madre de su marido era una verdadera suegra, cuyo afan constante era humillar, zaherir, insultar, hacer padecer á la que valia cien mil veces mas que ella; y el marido, por otra parte, curado pronto de aquel amor apasionado, miró á su mujer como un estorbo perpétuo, y la odió el infame, como si ella tuviera la culpa de que él fuera un libertino. Amigos, juego, mujeres, distrajeron completamente al esposo, que era un muñeco, y la esposa no tenia otro consuelo que encerrarse á rezar por su madre, y á llorar su estravío, no tan grande como el castigo.

Y para que su desdicha fuese completa, el único amigo, el único protector que le quedaba en el mundo, el único que tomaba su defensa, arrostrando las iras de la suegra, el padre de su marido, tambien murió, y ella le lloró mas sinceramente todavía que su misma mujer y su hijo mismo.

La viuda, que aun presumia de buena moza, se dió á lucir y á emperejilarse, y su hijo era quien la acompañaba á los paseos, los teatros y las tertulias, haciéndose ambos impunemente, y sin que nadie se lo motejase, verdugos de la desventurada niña, que ya sentia agotarse su paciencia, y no pocas veces pensó en el criminal remedio del suicidio.

El esposo olvidado de su deber, de su dignidad, de toda consideracion, de toda idea de decoro, llegó hasta llevar á su misma casa, bajo el mismo techo que cobijaba á su mujer honrada, á una miserable manceba suya, que entró en clase de doncella de su

madre, y con ella les llegó un refuerzo á los dos airados enemigos de la despreciada esposa, que ya no pudo tolerar tanta infamía, tanta desfachatez; y una noche, así como habia huido pocos años antes de la casa de su madre, huyó sin saber á dónde iria, y la primera persona á quien halló fué la misma infame miserable mendiga, que sirvió de cómplice á su marido, cuando este fué á sacarla del honrado hogar materno. La Providencia fué quien le puso delante este recuerdo de su falta, y horrorizada de la que iba a cometer, volvió a la casa de su martirio, resignada á sufrirlo todo.

Y todo lo ha sufrido la infeliz, todo: el desprecio de su marido, las injurias de la que debia ser su madre, los insultos de las mancebas de su marido, y por último, el abandono completo en que este la ha dejado tiempo hace.

Un momento de extravío hizo la desdicha de toda la vida de esta pobre mujer, que, triste, sola, enferma, sin parientes, sin amigos, vive de su trabajo, cuando lo tiene, y cuando no, de la caridad de los vecinos.

Sirva esta historia verdadera de ejemplo á las niñas impresionables y que desean casarse cuanto antes. No se acierta casándose pronto, sino casándose bien. Y sobre todo, jóvenes casaderas, no desoigais los consejos de vuestras madres. El amante mas leal y honrado no os puede querer tanto como vuestra madre.

DÉCIMASÉTIMA PAREJA.

Nacieron el uno para el otro. El, feo como un coco, ella fea como una coca, que así se debe llamar la mujer del coco; ella tonta de capirote, él memo de solemnidad; ella chismosa y enredadora, él metesillas y sacamuertos; ella puerca y desmanotada, y él un Adan con calzones, holgazan como él solo... en fin, no se ha visto jamás matrimonio mas igualito, mas antipático y mas cargante.

Se conocieron en una novena á las Animas benditas; él estaba sentado en un banco, y ella sentada en un ruedo á los piés del banco, ó á los piés de D. Jerónimo, que así se llama la parte masculina de este matrimonio que tengo el honor de presentar á mis favorecedores.

Ella estaba con su tia, una tia mas vieja que Noé, gran devota de las Animas benditas, por haber sido casada tres veces, y enviado á la mansion de las ani-

mas á sus tres maridos, que todavía se le aparecian en sueños, y ella, para desagraviarlos en muerte, ya que tanto les agravió en vida, en cuanto se anunciaba una novena á las Animas, allá iba, deseosa de obtener el perdon de sus culpas.

A la sobrina le cargaba la tia extraordinariamente, porque era la tia una mujer muy rígida y severa, que ni la permitia novios, ni siquiera asomarse al balcon, ni la dejaba hablar con otra persona que con el aguador y con el perro de lanas que tenia, tan sucio y asqueroso, que ni se sabia de qué color era, ni dónde tenia la cabeza ni el rabo, porque las lanas, que nunca entró en ellas tijera de esquilador, le cubrian completamente. Este perro, inseparable compañero de la tia, iba con ella á todas partes, como que ella le llevaba en brazos, y de cuando en cuando recibia un beso de su ama, que unas veces se lo daba en el hocico y otras en la parte posterior, porque como queda dicho, el perro estaba envuelto en las lanas, y lo mismo se podia creer que la cabeza era la cola como que la cola era la cabeza.

El tambien vivia con un tio, con un tio avaro, que le escatimaba la ropa, los garbanzos, todo, que le acariciaba á estacazos, que le cogia la paga,—estaba empleado con cuatro mil reales—y le daba de ella cuatro cuartos todos los meses para salir airoso de algun compromiso. El muchacho—un muchacho de veintiseis años,—estaba ya de su tio hasta los pelos; pero de carácter débil y sin iniciativa, y criado á pescozones y tirones de orejas y azotes, sufria al tio, y acompañaba al tio, y se iba quedando como una

flauta, porque en casa del tio se comia menos de lo preciso para vivir.

Tambien el tio era hombre de hacer novenas, cosa muy santa, cuando quien las hace no es un pillo de siete suelas, hipocriton, taimado, incapaz de hacer un favor al prójimo, y capaz de irse á la novena despues de haber hecho alguna pillada.

La muchacha,—veintiocho años cumplidos y muy feos—miró á Jerónimo, y este miró á la muchacha. Acostumbrada ella á ver á su tia y al aguador únicamente, le pareció el muchacho un Apolo de Belvedere, y habituado él á no ver mas que á una empeñista, gran amiga de su tio, y que daba á réditos, á peseta por duro á la semana, el dinero del avaro, creyó al ver á Dorotea que tenia en su presencia á la mismísima Venus de Milo, vestida y calzada.

En los nueve dias que duró la novena de las Animas, no se quitaron ojo los dos jóvenes, y el último dia él la entregó una carta, concebida en estos términos:

«Señorita, yo la amo á Vd. desde que la ví, y si usted me ama me lo dirá Vd. con franqueza, advirtiendo que vengo con buen fin, y que no me gusta engañar á nadie. Mañana pasaré por debajo de la casa de Vd. á las diez de la mañana, y me hará Vd. el favor de tirarme por el balcon la contestacion, para mi gobierno. Sin mas por hoy, consérvese Vd. y mande como guste á su afectísimo servidor, que solo desea llamar á Vd. esposa.—*Jerónimo Tenacillas.*»

A esta carta contestó ella en los siguientes términos:

«Sr. D. Gerrónimo,

«Mu yseñó migo y amigo. Despues de salhudarle á Vd. paso á decirle que maecho Vd. yoral mucho; con su apeciable que tengo, á la vista Vd. mainteresao tan bien en la novena de las An y mas, y muchas bezes me ha quitado Vd. la Debosion, porqe miraba usted de un amanera qe proPiamente parezi aque meq eria Vd. trajar qon la vista. Si á Vd. le parrece nos esperimentarremoz antes de qe no podamoS bolvernos hatras, y si Vd. be qe llo soi una muguer de forma y llo beo qe tan bien Vd. es un ohmbre rijular enthonces lla podremos Kasarnos, y no soi mas larga porqe mi Tia me está yamando para qe la heche una mano en la Kocina, porqe está planchando. Sin mas poroy se rrepite de Vd. su aprreciable amija y futura esposa.—*Dorrotea Parrada.*»

Y así entraron en relaciones Jerónimo y Dorotea, y se vieron, primero sin hablarse, por causa de la distancia á que se encontraban siempre, y al fin se hablaron por el ventanillo, y se escribieron cada carta que podia arder en un candil.

Experimentados así, convinieron ambos en que ambos se convenian, y ambos se decidieron á hablar á los tios y á pedirles el correspondiente permiso para contraer matrimonio. La tia, en cuanto oyó hablar de novio y boda, arrimó unos cuantos pescozones á la sobrina, y el tio, oyendo la conmovedora relacion de los amores de su sobrino, se conmovió de tal manera, que no pudo prescindir de arrimar un pié de paliza al muchacho, que le deslomó, y le tuvo muchos dias alejado del ventanillo de su adorado tormento.